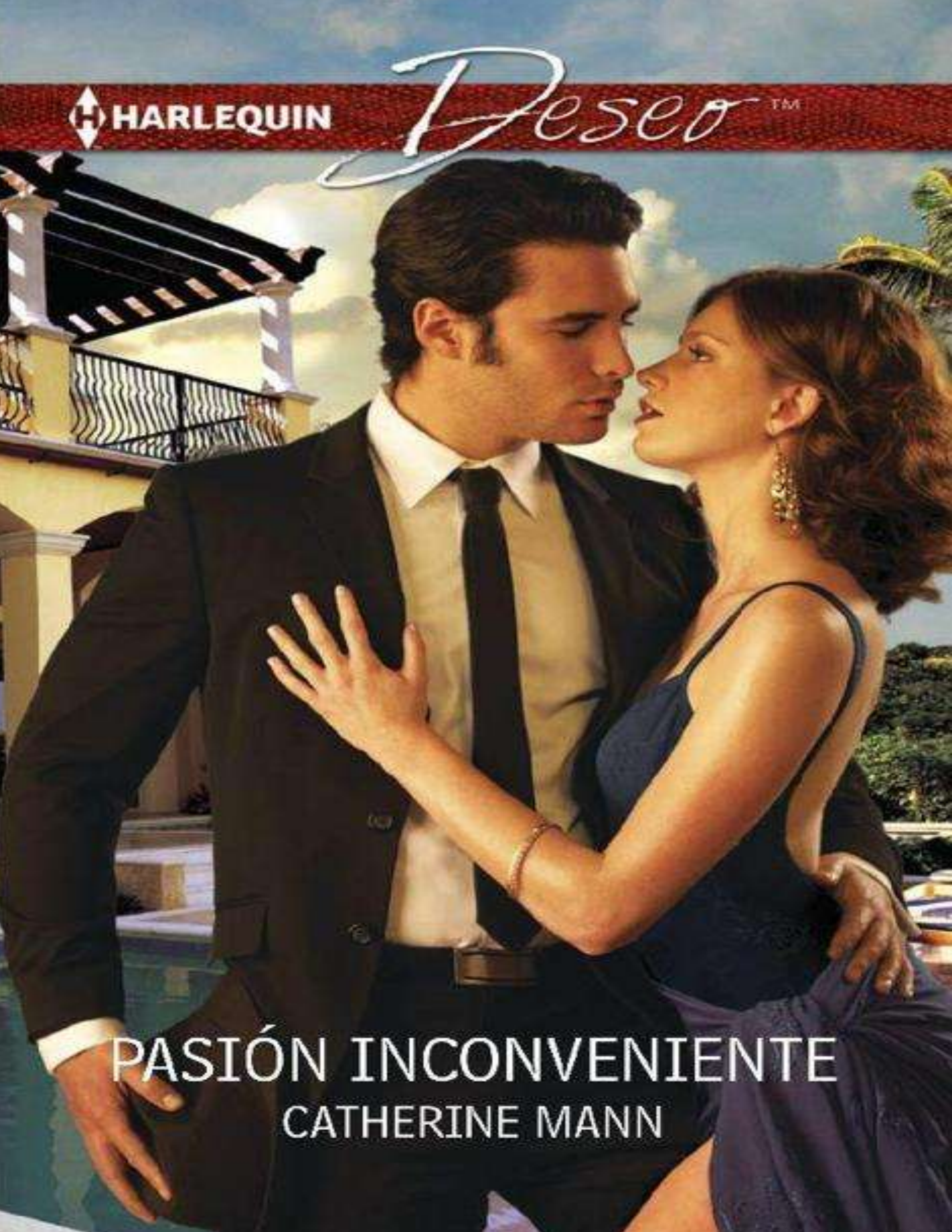

HARLEQUIN
Deseo™
PASIÓN INCONVENIENTE
CATHERINE MANN

Pasión inconveniente

Catherine Mann

La hermandad Alpha #01

Argumento:

A veces, lo malo sienta tan bien…

Hillary Wright siempre había sido un imán para el hombre equivocado. Su último novio le había dado problemas con la ley y, para limpiar su nombre, había accedido a participar en una operación encubierta, haciéndose pasar por la cita de **Troy Donavan**. El conocido pirata informático se había convertido en un hombre del Gobierno… y en un playboy multimillonario. Troy era el tipo de hombre que ella había jurado evitar, pero, con sus besos de fuego, su determinación empezaba a fundirse. Y mostrarse sensata ante aquel deseo abrumador no era una opción.

Prólogo

Escuela militar de Carolina del Norte

Hace 17 años

Le habían afeitado la cabeza y enviado a un reformatorio.

¿La vida podía ser peor? Probablemente. Dado que solo tenía quince años, le quedaban años bajo el yugo del sistema para averiguarlo.

De pie en la puerta que conducía a los barracones, Troy Donavan examinó la habitación en busca de su estantería. Algunas de las doce literas de la estancia estaban ocupadas por tipos con las cabezas afeitadas como la suya; otra victoria de su querido padre al conseguir librarse del pelo largo de su hijo. Que nadie se atreviese a avergonzar al todopoderoso doctor Donavan. Aunque pillar al hijo del ilustre doctor colándose en el sistema informático del Departamento de Defensa llevaba la vergüenza pública a un alto nivel.

Y ahora le habían enviado a aquella cárcel disfrazada de escuela militar en las colinas de Carolina del Norte, según el acuerdo al que había llegado con el juez en su Virginia natal. Un juez al que su padre había comprado. Troy agarró su bolsa de viaje con fuerza e intentó resistir la necesidad de pegarle un puñetazo a la ventana para poder respirar.

Maldita sea, estaba orgulloso de lo que había hecho. Terminaría el instituto en aquel lugar estirado, pero si sacaba buenas notas y no se metía en problemas hasta cumplir los veintiuno recuperaría su vida.

Simplemente debía sobrevivir a aquel lugar sin que le explotara la cabeza.

Litera tras litera, caminó hasta la última fila, donde encontró «Donavan, T. E.» impreso en una etiqueta pegada al pie de la cama. Dejó la bolsa en la cama de abajo.

Por un lado de la litera de arriba asomó un pie metido en un zapato impecable.

–Así que tú eres el pirata Robin Hood –dijo una voz sarcástica–. Bienvenido al infierno.

–Gracias, y no me llames así.

Odiaba el titular del «pirata Robin Hood» que había aparecido en las noticias al destaparse el escándalo. Hacía que pareciese que lo que había hecho era un juego de niños. Cosa que probablemente se debiese a la influencia de su padre, que le quitaba importancia al hecho de que su hijo adolescente hubiera destapado un asunto de corrupción que el gobierno se había empeñado en tapar.

–Que no te llame así, ¿o qué? –preguntó el listillo de la litera de arriba, que llevaba la etiqueta «Hughes, C. T.»– ¿Me robarás la identidad y me dejarás en la ruina, chico de los ordenadores?

Troy se echó hacia atrás para ver la cama de arriba y asegurarse de que no tuviese a la semilla del diablo durmiendo encima. De ser así, el diablo llevaba gafas y leía el Wall Street Journal.

–Al parecer no sabes quién soy –con un golpe brusco a la página, Hughes se ocultó tras el periódico–. Perdedor.

Y una mierda. Troy era un maldito genio que sacaba sobresalientes y ya había hecho los exámenes de aptitud para la universidad. Aunque a sus padres eso no parecía importarles lo más mínimo. Su hermano mayor era el verdadero perdedor: fumaba hierba, había sido expulsado de la segunda universidad y dejaba embarazadas a las animadoras. Pero a su viejo eso le parecían ofensas que podían perdonarse. Problemas que el dinero podía tapar con facilidad.

Que le pillaran a uno utilizando métodos ilegales para delatar a contratistas corruptos del Departamento de Defensa y a un par de congresistas era algo un poco más difícil de ocultar. Por tanto, Troy había cometido un crimen imperdonable al hacer que sus padres quedaran mal delante de sus amigos. Lo cual había sido su objetivo al principio, un intento patético por llamar la atención de sus padres. Pero, al darse cuenta de lo que tenía entre manos: chanchullos, sobornos, corrupción… el investigador que llevaba dentro no había sido capaz de parar hasta descubrirlo todo.

Daba igual cómo se mirase, él no era un Robin Hood empeñado en hacer el bien.

Abrió su bolsa de viaje, llena de uniformes y ropa interior, e intentó mantener la mirada apartada del pequeño espejo de su taquilla. Su cabeza afeitada podría reflejar la luz y dejarle ciego. Y, dado que se rumoreaba que casi todos allí habían llegado a acuerdos con el juez, tenía que estar atento y precavido hasta averiguar qué había hecho cada uno de ellos para acabar allí.

Si tan solo tuviera su ordenador. No se le daba bien el cara a cara. El loquero designado por el tribunal que le había evaluado para el juicio había dicho que le costaba trabajo entablar relación con la gente y que se perdía en el ciberespacio como sustitutivo. Y estaba en lo cierto.

Estaba limitado al uso supervisado de Internet solo para los trabajos de clase.

Se quedó sentado junto a su bolsa. Tenía que haber una manera de salir de allí. El pie que se balanceaba frente a él aminoró la velocidad y apareció una mano que le ofreció una videoconsola portátil.

No era un ordenador, pero al menos era electrónico. Algo para calmar esa parte de él que amenazaba con volverse loca por estar desconectado. Troy no se lo pensó dos veces. Agarró la videoconsola y se acomodó en su cama. El señor Hughes se quedó callado. Tal vez fuera un tipo legal. Había alguien más que no estaba obsesionado con seguir las normas.

Quizá sus compañeros de celda no fueran tan malos después de todo.

Capítulo 1

En la actualidad

Hillary Wright necesitaba distraerse durante el vuelo desde Washington hasta Chicago. Pero distraerse no significaba estar sentada detrás de unos recién casados empeñados en tener relaciones sexuales en el aire.

Sintió una ráfaga de aire acondicionado al ocupar su asiento de ventanilla y apresurarse a ponerse los auriculares. Habría preferido ver una película, pero eso significaría mantener los ojos abiertos y arriesgarse a ver a la pareja de delante tocándose por debajo de la manta. Solo quería llegar a Chicago, donde al fin pudiera dejar atrás el peor error de su vida.

Fue cambiando de emisora hasta encontrar un canal en el que emitían Sonrisas y lágrimas.

Aquel día el asiento en primera clase se lo había comprado la CIA. Hasta hacía un mes, lo único que sabía de la CIA era por los programas de televisión. Ahora tenía que ayudarlos para limpiar su nombre y no ir a la cárcel.

Oyó un gemido procedente de la recién casada de delante.

Oh, Dios. Hillary se recostó en su asiento y se tapó los ojos con el brazo. Estaba tan nerviosa que ni siquiera podría disfrutar de su primera visita a Chicago. Había soñado con salir de su pequeño pueblo natal, Vermont. Al principio, su trabajo como organizadora de eventos en Washington le había parecido una bendición. Conocía a todas esas personas de las que solo había leído en los periódicos: políticos, estrellas de cine, incluso miembros de la realeza.

Había quedado deslumbrada por el estilo de vida de su novio adinerado. Qué estúpida. Hasta el punto de no darse cuenta de las intenciones de Barry al administrar las donaciones filantrópicas.

Ahora tenía que salir del desastre en que se había convertido su vida al confiar en el tipo equivocado, al creerse su naturaleza bondadosa, cuando engañaba a sus socios adinerados para donar grandes cantidades de dinero a organizaciones benéficas falsas, para después ingresar ese dinero en una cuenta en Suiza. Hillary había demostrado ser la típica chica crédula de pueblo.

Pero ya se había quitado la venda de los ojos.

Advirtió un sujetador rosa entre los asientos. Cerró los ojos con fuerza. «Concéntrate», se dijo a sí misma. «No te pongas nerviosa y supera este fin de semana».

Identificaría al conocido de su exnovio en la fiesta de Chicago. Haría la declaración oficial para la INTERPOL y después podría recuperar su vida y salvar su trabajo.

Cuando volviese a contar con el visto bueno de su jefe, volvería a dar el tipo de fiestas que había querido al hacerse organizadora de eventos. Su carrera despegaría si sus fiestas aparecían en las páginas de sociedad de los principales periódicos. El perdedor de su ex leería sobre ella en los tabloides desde la cárcel y se daría cuenta de que seguía con su vida. Tal vez incluso apareciese tan atractiva en algunas de esas fotos que Barry sufriría dentro de su celda de celibato.

El muy imbécil.

Se pellizcó el puente de la nariz para contener las lágrimas.

Alguien le dio una palmada en el hombro. Se quitó un auricular y levantó la mirada hacia un... traje. Un traje azul oscuro con una corbata de Hugo Boss y un alfiler clásico.

–Perdone, señorita. Está en mi asiento.

Tenía una voz agradable y tranquila. La cara le quedaba a oscuras, pues la luz del sol entraba por la ventanilla que tenía detrás. Hillary solo pudo distinguir el pelo castaño oscuro, lo suficientemente largo para acariciarle las orejas y el cuello de la camisa. Llevaba reloj de Patek Philippe y traje de Caraceni; marcas todas ellas que no habría reconocido antes de trabajar con sus clientes del Washington distinguido.

Y en efecto, estaba sentada en su asiento.

Frunció el ceño y fingió mirar la tarjeta de embarque, aunque ya sabía lo que ponía. Odiaba el asiento de pasillo.

–Lo siento. Tiene razón.

–¿Sabe una cosa? –él apoyó la mano en el respaldo del asiento vacío–. Si prefiere la ventanilla, no me importa. Yo me sentaré aquí.

–No quiero aprovecharme…

–No se preocupe –el hombre metió su maletín en el compartimento superior antes de sentarse.

Entonces se volvió hacia ella, y la luz de arriba hizo que Hillary pudiera verlo bien. Era muy atractivo. De rasgos angulosos, pero con unas pestañas largas que llamaban la atención de sus ojos verdes. Probablemente tendría treinta y pocos años, a juzgar por las arrugas que le salían cuando sonreía; y tenía el tipo de sonrisa abierta que le hacía parecer accesible.

Hillary inclinó la cabeza hacia un lado y lo observó atentamente. Le resultaba familiar, pero no sabía por qué… Ignoró aquella sensación. Había conocido a muchas personas en las fiestas que organizaba en Washington. Podrían haberse cruzado en varios lugares, aunque, de ser así, debía de haberlo visto desde lejos, pues, si se hubieran visto de cerca, sin duda no se habría olvidado de él.

Él se abrochó el cinturón cuando el avión comenzó a moverse hacia la pista.

–No le gusta volar.

–¿Por qué dice eso?

–Quiere el asiento de la ventanilla, pero tiene la persiana bajada. Ya se ha enchufado a la radio y parece estar a punto de arrancar el reposa brazos.

Guapo y observador.

Mejor decir que le daba miedo volar antes que ponerse a contarle el desastre en que se había convertido su vida.

–Culpable. Me ha pillado –señaló con la cabeza la fila de delante, justo cuando uno de los asientos se reclinó y les obsequió con la visión de la mano de un hombre deslizándose bajo los pantalones de la mujer–. Y los tortolitos de ahí delante no facilitan las cosas.

Él frunció el ceño.

–Llamaré a la azafata.

Levantó la mano para pulsar el botón. Ella le agarró la muñeca y sintió una descarga de electricidad.

Hillary se aclaró la garganta y se cruzó de brazos.

–No es necesario. La azafata está dando la información de seguridad… –bajó la voz– y nos está mirando con odio por hablar.

Él se inclinó hacia ella.

–O puedo darle una patada al asiento de delante hasta que se den cuenta de que no son invisibles… y de que están siendo poco considerados.

Se fijó en sus ojos verdes, que la miraban con un interés no disimulado.

–Supongo que podemos vivir y dejar vivir.

–Sí que podemos.

–Aunque, sinceramente, no me parece justo que la azafata no les mire a ellos con odio.

–Tal vez estén celebrando su aniversario.

Ella resopló.

–¿Está intentando decirme que cree usted en el amor romántico? –se fijó en el traje caro, su sonrisa con hoyuelo y su encanto–. No se ofenda, pero a mí me parece más un mujeriego.

Según lo dijo, temió haber sonado maleducada.

Pero él se carcajeó suavemente y se llevó la mano al pecho.

–Piensa lo peor de mí. Me siento profundamente herido –dijo con dramatismo.

El resoplido de Hillary se convirtió en risa. Sacudió la cabeza y siguió riéndose mientras liberaba la tensión de su interior. Sin embargo dejó de reírse al sentir el peso de su mirada en ella.

–Ya estamos en el aire –dijo él señalando la ventanilla–. Puedes levantar la persiana y relajarte.

Se desabrochó el cinturón.

–Muchas gracias por su ayuda…

–Troy –contestó él ofreciéndole la mano–. Soy Troy, de Virginia.

–Yo soy Hillary, de Washington –en esa ocasión se preparó para la descarga y le estrechó la mano. Y, sí, hubo descarga. El calor le recorrió el brazo a pesar de su determinación de mantenerse alejada de todos los hombres.

No había nada de malo en charlar con aquel hombre durante el vuelo. La había ayudado con los nervios que le producía la idea de identificar al cómplice de Barry en la recaudación de fondos. Un cómplice muy escurridizo que sabía cómo evitar las cámaras. Pocas personas lo habían visto alguna vez. Ella solo le había visto en dos ocasiones, una vez al presentarse en el piso de Barry sin avisar y otra vez en la oficina de Barry. ¿Se acordaría de ella? Al pensarlo le aumentaron los nervios.

Necesitaba aprovecharse al máximo de la distracción que le ofrecía aquel hombre sentado a su lado. Hablar con Troy era mucho mejor que emborracharse cuando pasara el carrito de las bebidas, sobre todo porque ella ni siquiera bebía.

-Dime, Troy, ¿a qué vas a Chicago?

Troy había reconocido a Hillary Wright nada más subirse al avión. Era igual que en la foto de la INTERPOL, hasta las pecas de la nariz y los reflejos naturales de su melena pelirroja.

Sin embargo la foto no mostraba nada más abajo del cuello; una pena, dado que estaba muy bien. Unas piernas largas, curvas y una inocencia sin adornos que normalmente no era su tipo. Pero, ¿cuándo le había importado a él seguir el camino que todos esperaban?

Por eso se había presentado allí, en su vuelo, en vez de seguir el plan de los agentes de la CIA que trabajaban conjuntamente con la INTERPOL. Para ver cómo era Hillary con la guardia baja.

Por suerte para él, el asiento de la ventanilla estaba libre, así que había podido sentarse a su lado. Había sido demasiado fácil y ella no sospechaba nada. Podría tener tatuado en la nariz: «Recién salida del pueblo».

Una nariz pecosa que no le habría importado besar mientras se dirigía a su oreja. Por la foto había esperado a una mujer guapa, pero no había estado preparado para la energía que irradiaba su cuerpo. Era casi tan tangible como su inocencia.

La gala nido de víboras del fin de semana era el último lugar en el que Hillary debería estar.

Malditos los mandamases por hacerle formar parte de aquel descabellado juego de poder. Podría haber llevado a cabo la identificación en Chicago sin ella, pero habían insistido en tener su confirmación. Para él resultaba evidente que Hillary era demasiado ingenua como para codearse con los tiburones en esa gala; un grupo de ladrones que utilizaban un acto benéfico para encubrir el blanqueo de dinero.

–¿Troy? ¿Hola? –Hillary sacudió la mano frente a su cara–. ¿A qué vas a Chicago?

–Viaje de negocios –era cierto–. Trabajo con ordenadores –también cierto. Por el momento era suficiente. Hillary volvería a verlo tras aterrizar, y entonces sabría quién era realmente… Probablemente cambiaría y se volvería más reservada. La gente le juzgaba en base a su pasado o a su dinero–. ¿A qué vas tú a Chicago?

–A una gala para recaudar fondos. Soy organizadora de eventos y, bueno, mi jefe me envía a ver a un chef este fin de semana.

Mentía muy mal. Aunque Troy no hubiese sabido la verdadera razón, habría notado que algo no encajaba.

–Un chef... En Chicago... Y trabajas en Washington. ¿Trabajas para los activistas?

–Estoy especializada en actos benéficos, no en campañas. No había planeado el de Chicago. Simplemente... quiero saber cómo está la competencia. Desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde de fiesta en fiesta y... –de pronto se detuvo–. Estoy divagando. No necesitas que te cuente todos mis planes.

–Estás especializada en abrillantar las aureolas de los ricos y famosos.

–Piensa lo que quieras. No necesito tu aprobación.

Algo que él aplaudía. ¿Por qué entonces seguía provocándola? Porque estaba muy guapa con aquel brillo indignado en los ojos.

Había aprendido a jugar según las normas a los quince años. Aunque en la escuela militar había encontrado más de lo que esperaba: amigos y un nuevo código mediante el que vivir la vida. Poco a poco había recuperado el acceso a los ordenadores y había fundado una empresa de videojuegos que le había reportado mucho más dinero del que su padre había llevado a casa en toda su vida.

Pero ese acceso había tenido su precio. Todos sus movimientos habían sido monitorizados por el FBI. Parecían saber que aquella sensación de poder que había experimentado al entrar en el Departamento de Defensa sería adictiva. A los veintiuno le habían hecho una oferta muy suculenta. Si quería volver a tener oportunidades, tendría que prestarle sus habilidades a la filial americana de la INTERPOL de vez en cuando.

A los veintiún años, le había fastidiado la idea. A los treinta y dos, había llegado a aceptar que tenía que jugar según algunas de sus reglas, e incluso le había encontrado la diversión a ser el tipo disponible para ayudar en los asuntos de interés internacional. Estaba comprometido con el trabajo, como había demostrado cada vez que le habían reclutado para una nueva misión.

Con el tiempo también habían empezado a utilizarlo para algo más que ayuda informática. Su riqueza le proporcionaba acceso a círculos de poder. Cuando la INTERPOL necesitaba un contacto en el interior, le utilizaban a él... y a otros agentes autónomos como él. En su mayor parte, seguía proporcionándoles consejo informático. Solo le llamaban para cosas públicas como aquella una vez al año, para no explotar su falsa identidad.

Habría agradecido un poco de esa cautela en esta ocasión, en vez de incluir a Hillary en aquella operación conjunta llevada a cabo por la CIA y la INTERPOL. Hillary no podría aguantar la farsa todo el fin de semana. No podría integrarse, lo había sabido nada más leer su perfil, aunque ellos no se hubieran dado cuenta. Así que lo había organizado todo para encontrarse con ella en aquel vuelo y confirmar sus sospechas.

Nunca se equivocaba. Se pegaría a ella todo el fin de semana para asegurarse de que no echara al traste toda la operación.

Desde luego, no sería difícil pegarse a ella todo el fin de semana.

Por primera vez en años, no se sentía aburrido. Algo en aquella mujer le intrigaba, y la vida no escondía muchos interrogantes para él. Así que se quedaría justo allí el resto del vuelo. Cuando Hillary descubriera su nombre completo, se apartaría. Probablemente nunca supiera su verdadera razón para participar en aquel engaño, y alguien como Hillary Wright no iría detrás de un tipo con su reputación, sobre todo después de haber salido escaldada en el terreno de las relaciones.

Aunque Troy no dejaría que eso alterase su decisión de pegarse a ella. Hillary le necesitaba para superar aquel fin de semana, lo supiera o no.

–¿Les apetece algo de beber? –Les preguntó una azafata–. ¿Vino? ¿Un combinado?

Hillary se quedó con la sonrisa helada y la tranquilidad se le esfumó con aquella simple pregunta. La mención del alcohol le despertaba recuerdos dolorosos.

–No, gracias.

Troy negó con la cabeza.

–Yo tampoco, gracias –se volvió hacia ella–. ¿Estás segura de que no quieres una copa de vino o algo? Mucha gente bebe para superar el miedo.

–Yo no bebo.

–¿Nunca?

Hillary no quería arriesgarse a acabar como su madre, entrando y saliendo de programas de rehabilitación todos los años mientras su padre albergaba la esperanza de que, en esa ocasión, el programa funcionase. Nunca funcionaba.

–Nunca –respondió–. Nunca bebo.

–Veo que hay una historia detrás de eso.

–La hay.

–Pero no vas a compartirla.

–No con un completo desconocido –era experta en guardar secretos familiares y aparentar normalidad frente al mundo exterior. Planear fiestas para la élite de Washington era pan comido después de tener que guardar las apariencias siendo una adolescente.

Tal vez pareciese una ingenua chica de pueblo, pero la vida ya había hecho todo lo posible por desilusionarla. Y por esa razón le extrañaba sentirse tan a gusto en compañía de Troy.

Nada en él era como lo había imaginado al ver su sonrisa de chico malo. Habían pasado todo el vuelo hablando. Habían charlado de sus artistas y platos favoritos. A ambos les gustaba la música jazz y las películas de terror malas. Era sorprendentemente culto y tenía un sentido del humor muy agudo. Había interés en sus ojos, pero sus palabras siguieron siendo neutrales hasta que el avión empezó a descender.

Entornó los ojos al notar su silencio.

–¿Ocurre algo?

–No estás ligando conmigo –contestó ella.

Él parpadeó sorprendido.

–¿Quieres que lo haga?

–De hecho, me divierto tal cual estoy.

Se recostó en su asiento y esperó a que dejara de sonreír cuando se diera cuenta de que no pensaba seguirle el juego. Nunca iba detrás de ese tipo de hombres; tenía el pelo demasiado largo y algunas cicatrices pequeñas, como si siempre estuviese metiéndose en líos.

Troy la miró fijamente a los ojos.

–No te diviertes muy a menudo, ¿verdad?

¿Quién tenía tiempo para divertirse? Hillary había trabajado duro los últimos tres años para construirse una vida lejos del pueblo chismoso que la conocía como la hija de una madre borracha. Barry había mancillado su reputación con sus tratos fraudulentos. Y, a no ser que ella demostrase lo contrario, la gente siempre pensaría que también había estado implicada. No confiarían en ella.

–¿Por qué crees que soy una aguafiestas?

–Una aguafiestas no, más bien una adicta al trabajo. La carpeta que hay debajo de tu asiento está llena de papeles con aspecto oficial, en vez de un libro o una revista. Las uñas mordidas de tus manos, preciosas por otra parte, denotan estrés.

Gracias a Barry, por ser un delincuente, y no muy bueno, ella había estado demasiado inmersa en su trabajo como para ver las señales que indicaban que la estaba utilizando para acercarse a sus clientes y después estafarlos.

–Troy, simplemente me entrego a mi trabajo. ¿Acaso tú no?

–El trabajo está bien, igual que las vacaciones. Así que, si estuvieras en este avión por placer, sin tener que preocuparte por el trabajo, y pudieras tomar cualquier otro vuelo cuando aterrizásemos, ¿dónde irías?

–Al extranjero.

–Eso es muy genérico –dijo él mientras se acercaban a tomar tierra.

–Cerraría los ojos y elegiría algún lugar lejano.

–Ah, la vieja idea de escapar. Lo entiendo. Cuando yo estaba en el internado, planeaba los sitios que quería visitar y dónde quería vivir.

¿Internado?

–¿No es ese el sentido de las vacaciones? Hacer algo totalmente opuesto a lo que haces normalmente. En tu caso, algo que estuviera más allá de los muros de tu internado.

–Tienes razón –contestó él, y su sonrisa pareció forzada un segundo–. ¿De dónde eres originariamente? Es para que pueda hacerme una idea de cuál era tu día a día cuando escoja cuál será nuestra gran escapada. Teóricamente, claro.

–¿Teóricamente? Nada de eso. Estás estropeando la fantasía.

–Es cierto, lo siento –su magnetismo tenía la capacidad de arrastrarla hacia esa fantasía. No tenía nada de malo–. Soy de Vermont, de un pequeño pueblo del que nadie ha oído hablar. Irme a vivir a Washington fue un enorme cambio para mí, y ahora voy a Chicago.

–Pero no parece que te haga ilusión.

Hillary se obligó a no estremecerse. Troy era demasiado perspicaz. Tenía que poner distancia entre ellos, dejar que demostrara ser un cerdo para poder ignorarlo.

–Me da miedo volar, ¿recuerdas? Y ahora es cuando se supone que me pides el número de teléfono.

–¿Me lo darías si te lo pidiera?

–No –respondió ella, y estuvo a punto de creérselo–. Ahora mismo no estoy en condiciones de salir con nadie. Así que puedes dejar de intentar seducirme.

–¿Acaso no puede uno ser amable sin desear nada más que charlar?

Hillary no pudo evitar sonreír.

–¿De verdad acabas de decir eso?

Troy se recostó en su asiento y la miró con respeto.

–De acuerdo, tienes razón. Me gustaría pedirte el teléfono porque estoy soltero, por si te lo estabas preguntando. Pero, dado que has dejado claro que no te interesan mis tácticas, satisfaré a mi corazón roto y curaré mi ego herido con el placer de tu compañía durante un rato más.

Era divertido y encantador, tan seguro de sí mismo que no se lo pensaba dos veces antes de hacer un chiste a su propia costa.

–¿Practicas esas frases o es que se te da bien la improvisación?

–Eres una mujer lista. Estoy seguro de que lo averiguarás.

A Hillary le gustaba. Maldición.

–Eres gracioso.

–Y tú eres encantadora. Me alegra haberme sentado a tu lado en el vuelo.

¿Habían aterrizado ya? Hillary miró a su alrededor: los pasajeros empezaban a levantarse de sus asientos. El avión se había detenido.

Troy se puso en pie y sacó la maleta de Hillary del compartimento superior.

–¿Es tuya?

–¿Cómo lo has sabido?

Troy señaló la etiqueta del nombre en forma de vaca lechera que iba pegada al mango de la maleta.

–Vermont. El mayor índice de vacas por persona de todo el país.

–Tienes razón –Hillary se puso en pie. Estaban muy cerca. Los demás pasajeros abarrotaban el pasillo hasta el punto de que sus pechos quedaron presionados contra el torso de él.

Su torso duro. Aquel traje cubría el cuerpo de un hombre fuerte y atlético.

–Que lo pases bien en la ciudad del viento.

Ella se mordió el labio inferior y resistió la tentación de tirarle de la corbata de seda.

La azafata habló por los altavoces.

–Si son tan amables de regresar a sus asientos. Tenemos un pequeño retraso antes de poder desembarcar.

Hillary se apartó deprisa y regresó a su asiento tan deprisa que estuvo a punto de golpearse la cabeza. Troy se sentó despacio mientras la azafata abría la puerta: el hueco dejó ver las largas escaleras metálicas que habían colocado fuera. Confusa, Hillary vio que se habían detenido cerca de la terminal. Un utilitario negro y grande con una especie de insignia oficial en la puerta esperaba a pocos metros de distancia. Dos hombres vestidos de negro y con gafas de sol subieron las escaleras y entraron en el avión.

El primero le hizo un gesto a la azafata.

–Gracias, señorita. Seremos rápidos.

Hillary sintió un vuelco en el estómago. ¿Habría algún problema?

El hombre se detuvo junto a ella.

–¿Troy Donavan?

¿Troy Donavan? Le sonaba ese apellido. Esperó a que él lo negara...

–Sí, soy yo. ¿Hay algún problema, caballeros?

Troy Donavan. Lo había confirmado. Su reputación de salir de fiesta y vivir al límite aparecía en las páginas de sociedad con regularidad.

–Señor Donavan, ¿le importa levantarse, por favor?

Troy le dirigió a ella una mirada de disculpa antes de levantarse.

–Podríamos habernos encontrado en la puerta, como gente normal.

El mayor de los dos, que parecía estar al cargo, negó con la cabeza.

–Es mejor así. No queremos hacer esperar al coronel Salvatore.

–Por supuesto. No podemos impacientar al coronel –los músculos de sus brazos se tensaron y apretó los puños.

¿Qué diablos estaba pasando?

Los hombres de negro sacaron el maletín de Troy y le pusieron un sombrero de lino en la cabeza, el mismo con el que había aparecido en incontables artículos.

Era famoso en Washington por haber entrado en el sistema del Departamento de Defensa hacía diecisiete años. Por entonces, ella no tenía más de diez años, pero Troy se había convertido en un icono. Se había convertido en una leyenda por haber filtrado información sobre los chanchullos y las debilidades dentro del sistema. Algunos argumentaban que simplemente había hecho lo que las autoridades y los políticos deberían haber hecho, pero no podía negarse que había violado leyes importantes. Si hubiera sido un adulto, habría pasado su vida en prisión.

Tras cumplir su condena en una escuela militar, había logrado ganar millones. Y ella había caído presa de su encanto embustero. No había aprendido absolutamente nada de Barry.

Se mordió el labio para contener la decepción. Estaba allí para dejar atrás el pasado, no para complicarse el futuro. Pegó su cuerpo contra la pared de la cabina, incapaz de alejarse lo suficiente del hombre que había logrado despojarla de su sentido común.

–Troy Donavan, queda detenido.

Capítulo 2

–¿Eran necesarias las esposas? –Troy se recostó en el asiento trasero del utilitario mientras se alejaban del aeropuerto. La pareja que le había arrestado iba delante. Su mentor, y antiguo director de la escuela militar, el coronel John Salvatore, iba sentado a su lado.

–Sí, Troy, son necesarias, a petición de la gran dama que celebra la gala. Está decidida a celebrar una subasta de solteros como la que leyó en una novela romántica, y ha pensado que, dado tu pasado, las esposas generarán rumores. Y, sinceramente, las fotos del periódico ayudarán a tu imagen, y por tanto a nuestros objetivos.

Troy había llegado a un acuerdo con el coronel Salvatore a los veintiún años, al terminar la sentencia oficial. Salvatore era el director de esa escuela militar... y algo más. Al parecer ayudaba a reclutar trabajadores autónomos para la INTERPOL que pudieran ayudarles con encargos difíciles, como utilizar los conocimientos informáticos de Troy y después utilizar su acceso a los círculos de poder. Habían reclutado también a otros graduados de la escuela militar, gente que podría emplear su existencia privilegiada para moverse en determinados círculos. Para esos trabajadores no era necesario preparar una identidad falsa, cosa que ahorraba al gobierno tiempo y dinero.

Podían llamar a una persona una vez. O una vez al año. Tal vez más. Salvatore ofrecía cosas que nadie más le había ofrecido jamás en la vida a Troy. La oportunidad real de expiar sus pecados.

Tal vez a los quince años no se sintiera culpable, pero, con el tiempo, había llegado a darse cuenta de las repercusiones de sus actos. Su irrupción en el Departamento de Defensa siendo un adolescente había delatado a dos agentes de incógnito. Y, aunque no habían muerto, sus carreras habían acabado pronto, pues ya no eran útiles.

Troy debería haberles dado su información a las autoridades en vez de a la prensa. Por entonces tenía un gran ego y deseaba fastidiar a su padre. Ahora había aprendido y tenía la oportunidad de compensar al gobierno y a aquellos dos agentes por lo todo lo que les había costado.

Y sí, todavía disfrutaba de la acción y del riesgo.

–Podríais haber esperado –dijo mientras retorcía las manos–. No era necesario asustar a Hillary Wright. Creí que queríais que estuviese tranquila.

Tenía sus ojos azules y aterrorizados grabados en la memoria, igual que el sonido de su risa y el calor de su sonrisa.

–Si hubieras ido en un avión privado como era la idea, nada de esto habría ocurrido –le dijo Salvatore–. Deja de preocuparte por lo que Hillary Wright piense de ti. El lunes ya habrá salido de tu vida. Pronto recuperarás la independencia y, con suerte, no tendré que volver a llamarte en mucho tiempo.

Los años se alargaban monótonamente. Su empresa prácticamente se llevaba sola. Los últimos once meses desde que le habían llamado por última vez habían sido muy aburridos.

Volvió a pensar en Hillary y en que volvería a verla el fin de semana.

–¿Una subasta de solteros? Esa gran dama no esperará que me pasee por una pasarela, ¿verdad?

–¿Cuándo empezaste a preocuparte por las apariencias?

–¿Cuándo empezaste tú a usar a personas inocentes como Hillary? –preguntó él–. Creí que tu trabajo consistía en colaborar con los caídos.

–Mi trabajo es guiar a personas con potencial. Siempre lo ha sido.

–Mentor. Carcelero.

Salvatore frunció el ceño.

–Alguien está de mal humor.

–¿Podrías quitarme las esposas?

Odiaba estar atrapado y Salvatore lo sabía. Aunque, mirando de nuevo las esposas, se le ocurrieron otros usos, fantasías sexuales que querría llevar a cabo con Hillary.

–La maestra de ceremonias es quien tiene la llave.

–Estás de broma. Para eso quedan horas.

–¿Cuándo he tenido yo sentido del humor?

–Es cierto –Troy dejó caer las manos en su regazo. Sería mejor relajarse y disfrutar del paisaje de Chicago.

La gala de esa noche marcaba el pistoletazo de salida para un fin de semana de fiesta para los ricos y famosos, con la excusa de la beneficencia.

Y, al parecer, Salvatore no estaba allí solo por él, sino que también ayudaba a la CIA a vigilar a Hillary.

–Coronel, siento curiosidad, ¿por qué necesitamos a Hillary para esto? ¿Cuánto sabe ella?

–Está aquí para identificar a contactos de su exnovio. Y porque la CIA y yo necesitamos estar seguros de que es tan inocente como parece. ¿Cómo diablos te has subido a ese avión?

–¿Realmente te hace falta preguntármelo a mí, al tipo que se coló en el sistema informático de la escuela y accedió a tu cuenta bancaria para enviarle flores a la profesora de latín en tu nombre?

–Si no recuerdo mal –dijo el coronel entre risas–, el truco no te funcionó muy bien, teniendo en cuenta que ella y yo ya salíamos discretamente y yo ya le enviaba flores. Descubrió enseguida quién orquestó todo aquello.

–Pero las flores que escogí fueron lo mejor. Lirios Casablanca, si no recuerdo mal.

–Y aprendí de eso. Del mismo modo que tú deberías aceptar que puedes aprender de los demás de vez en cuando –Salvatore y la profesora habían acabado casándose... y divorciándose–. Internet no es tu juguete personal.

Troy levantó las muñecas esposadas.

–Esto me provoca urticaria y me trae recuerdos.

Salvatore entornó los párpados.

–No sé por qué te soporto.

–Porque trabajo bien. Siempre lo hago. Encontraré a nuestro hombre misterioso. Revisaremos sus cuentas y lo atraparemos –solo había visto a ese hombre de pasada en una ocasión, hacía un mes, antes de atrapar a Barry Curtis. Si hubieran podido atraparlos a los dos entonces–. Pero ahora, por lo que sé, mi trabajo incluye asegurarme de que Hillary Wright esté a salvo en ese estanque de pirañas.

–Siempre y cuando no hagas una escena, podré vivir con eso. Actúa con discreción por una vez.

–De acuerdo, trato hecho. Pero hay una última cosa.

–Hoy estás muy pesado.

–Mira en mi maletín. Le he traído a John Junior –el único hijo del coronel– una copa de Alpha Realms iv. Tendrá un mes de ventaja para practicar antes de que salga al mercado.

–El soborno es un crimen –contestó Salvatore, aunque alcanzó el maletín–. ¿Cuál es el favor?

–Solo es un regalo de mi empresa para tu hijo. Sin compromiso.

–¿Cuál es el favor? –repitió el coronel.

–No estoy de acuerdo con que metas a Hillary Wright en esto. Es demasiado ingenua y no está informada. Después de la fiesta de esta noche, quiero que vuelva a Washington. No la tengas aquí todo el fin de semana.

Troy encontraría la manera de ponerse en contacto con ella en Washington sin necesidad de mentir.

–No es tan inocente si salía con Barry Curtis –contestó el coronel mientras se guardaba el videojuego en su maletín–. Este fin de semana lo demostrará… o no.

–Simplemente es culpable de haber juzgado mal –Troy estaba seguro de eso. Lo que no sabía era si Hillary seguía sintiendo algo por ese bastardo.

¿Por qué sentía esa conexión con una mujer a la que apenas conocía? Tal vez porque ella poseía una inocencia que él nunca había tenido.

–¿Estás seguro con respecto a ella?

Troy estaba seguro de que no podía dejar que entrara sola a una fiesta llena de ladrones.

–Me mantendré pegado a ella esta noche y por la mañana la meteré en un avión.

–Más vale que me tengas contento si quieres que le hable bien al agente de la condicional de tu hermano.

–No soy un incitador –su hermano, Davon, tenía algo más que un problema con las drogas. Se había pulido su fideicomiso y le habían enviado a prisión por traficar para alimentar su adicción a la cocaína–. Haz con él lo que quieras.

–¿Eres duro con él porque lo quieres? ¿O es una rivalidad fraternal?

Troy se sentía furioso con Salvatore por reabrir viejas heridas.

–Será mejor que le digas al conductor que acelere para que pueda quitarme las esposas antes de que tenga que mear. De lo contrario, tendrás que ayudarme.

El vehículo se detuvo frente al hotel. El coronel abrió su puerta cuando el conductor abrió la de Troy.

–Que empiece el espectáculo.

De pie en el ascensor del hotel de Chicago, Hillary se alisó el vestido con las palmas de las manos sudorosas. Era un vestido negro sin tirantes que llegaba hasta el suelo. Su favorito. Llevaba su amuleto de la suerte para ayudarle a calmar los nervios. No estaba funcionando. Se llevó las manos al pelo, adornado con una simple horquilla de cristal que le sujetaba la melena a un lado.

Estaba nerviosa desde el momento en que le habían pedido ir a Chicago. La experiencia del avión le había desestabilizado. Ya no estaba segura de nada.

De niña había soñado con alojarse en un hotel de cinco estrellas ubicado en una gran ciudad. De pequeña, cuando terminaba sus tareas diarias en la granja lechera, se escondía en su habitación, lejos de su madre alcohólica. Jugaba en Internet durante horas para escapar a otro mundo. Para alcanzar otros lugares y otros estilos de vida. Lugares limpios y bonitos con mesas llenas de comida.

Había pasado mucho tiempo pensando en la cocina, aprendiendo recetas, planeando platos y fiestas para llenar su mundo solitario. Aunque solo fuera en su imaginación.

Al cumplir los dieciocho, se había sacado un título de Economía y Hospitalidad. Tres años había trabajado para una empresa de Washington que contrataba a organizadores de eventos. Planeaba montar algún día su propia empresa. Estar al cargo de su propio negocio.

Las puertas del ascensor se abrieron y sintió los nervios en el estómago. Tenía que superar aquel fin de semana. Identificaría a las personas adecuadas y así confirmaría su inocencia.

Avanzó al salón de baile y le enseñó la invitación al hombre de la puerta. Los flashes de las cámaras brillaban por todas partes. Reconoció al menos a dos estrellas de cine, una cantante de ópera y tres políticos.

Un arpista y un violinista tocaban por el momento aunque, a juzgar por los instrumentos distribuidos por la sala, la música se sucedería de manera escalonada. El escenario estaba preparado para un cuarteto de cuerda. Y en una esquina había un piano de cola junto con un micrófono de los años cuarenta.

El baile, a dos mil dólares por cabeza, se celebraba para recaudar dinero para becas. Pero ese había sido precisamente el plan de Barry; recaudar dinero para becas, la mayoría de las cuales nunca se otorgaron, y después sacar el dinero del país e ingresarlo en una cuenta en Suiza.

Sintió la bilis en la garganta y acarició con el pulgar el amuleto que llevaba prendido al bolso; se trataba de un broche en forma de vaca plateada.

Los hombres llevaban esmoquin o uniforme militar; las mujeres, vestidos largos y joyas que habrían podido pagar incontables becas. Todos iban vestidos de etiqueta, salvo el caballero del traje gris y la corbata roja. Su contacto.

El coronel Salvatore.

Se lo había presentado su abogado. Al parecer, el coronel trabajaba para las autoridades internacionales. La CIA había prometido que se encargaría de su seguridad y supervisaría su cooperación mientras estuviese en Chicago. Un fin de semana y Hillary podría dejar atrás todo aquello.

El coronel se acercó a ella y le ofreció el brazo.

–Señorita Wright, llega temprano. La habría acompañado si hubiera sabido que estaba lista.

–No podía esperar más a que pasara esta noche –le colocó la mano en el brazo–. Espero que lo comprenda.

–Por supuesto –el coronel se dirigió hacia la zona de los asientos, que tenía una especie de pasarela colocada en el centro.

Hillary recordó que habían mencionado algo de una subasta de objetos donados por la élite de todo el mundo.

¿Más blanqueo de dinero? ¿Acaso ya nada ni nadie podía ser auténtico? ¿Estaba todo manchado de codicia y avaricia?

Salvatore la guio hacia sus asientos. Se sentaron en la quinta fila para no llamar la atención. Desde allí, Hillary podía ver las dos pantallas en las que se proyectaban planos de los invitados, mientras una matriarca de la alta sociedad de Chicago subía al escenario para dar comienzo a la subasta. El coronel Salvatore lo había planeado todo.

Hillary se obligó a estudiar atentamente las caras que veía en la pantalla, en busca de los dos individuos que Barry había asegurado que eran sus socios en la sombra.

¿Cuándo había podido ella contar con un hombre? Su padre desde luego no había hecho nada por impedir que su madre bebiera, o por protegerlas a su hermana y a ella. Se había centrado en trabajar en el campo y, mientras ella trabajara junto a él, estaría a salvo.

El trabajo duro de su infancia le había enseñado a trabajar mucho siendo adulta. La vida era difícil. Así de simple. Seguía intentando mantenerse a salvo para que sus esfuerzos se vieran recompensados.

A medida que la gente iba pujando por vacaciones de lujo, joyas e incluso conciertos privados, volvió a pensar en Troy Donavan y en la hora de conversación que habían compartido en el avión. La vida le había parecido divertida y poco complicada en aquel momento.

Había sido todo una mentira. Troy era el perfecto ejemplo de la cruda realidad. Todo el mundo deseaba algo de los demás. La gente no hacía cosas exclusivamente desinteresadas. Siempre se esperaba algún tipo de recompensa. Cuanto antes aceptara eso y dejara de creer lo contrario, más feliz sería.

La maestra de ceremonias se acercó más al micrófono.

–Y ahora, antes de que procedamos al baile, tenemos una última subasta esta noche, una que no estaba en el programa –dijo antes de señalar con la mano enjoyada a una de las enormes pantallas–. Si prestan atención a la pantalla, verán una grabación que tal vez ya hayan visto antes.

La cara de Troy Donavan llenó la pantalla.

Hillary apretó su bolso con las manos y se clavó el amuleto plateado en la palma. Miró al coronel para ver si él había advertido su reacción. Pero su acompañante estaba con los brazos cruzados, mirando a la pantalla como el resto de los asistentes.

A todo color y en alta definición, ante sus ojos apareció de nuevo la escena del aeropuerto. Troy bajando del avión esposado, con aquel sombrero tan sexy. Troy escoltado a un utilitario de aspecto oficial.

La maestra de ceremonias continuó.

–Pero, ¿qué tiene eso que ver con nosotros esta noche? Prepárense.

Se apagaron las luces y el salón de baile quedó a oscuras. Se oyeron susurros. Una mujer gritó.

–Para nuestra última puja de la noche, tenemos para ustedes…

Un foco iluminó el centro del escenario.

Troy Donavan estaba allí, con un esmoquin en vez de su traje, pero aún con las manos esposadas. Una bufanda de seda blanca le proporcionaba el mismo aspecto extravagante que en el avión.

–Sí –continuó la mujer–. Troy Donavan se ha ofrecido como cita para el fin de semana. Pero primero, alguien debe pujar por él. Ha sido un chico muy, muy malo, señoritas. Tendrán que ir con cuidado y, bajo ningún concepto, dejar que este genio de la informática se acerque a sus ordenadores.

Todos en la sala se rieron, salvo Hillary. Ella se quedó de piedra. Toda la historia del arresto había sido una broma, simple publicidad para la fiesta. Ella había pasado toda la tarde imaginándoselo en la cárcel, y le entristecía a pesar de la rabia.

Ahora simplemente estaba furiosa. Troy debía de haber sabido lo que ella había pensado aquellos últimos minutos en el avión, y no le había dicho nada para tranquilizarla. Ni siquiera se había molestado en susurrarle perdón al oído.

Debía sentirse aliviada de que no estuviese en apuros, y así era. Pero no podía olvidar. Troy seguía siendo el pirata Robin Hood.

Comenzó la puja... y por supuesto fue todo un éxito. La mitad de las mujeres y un par de hombres se desvivían por ganar un fin de semana con él. La guerra continuó entre gritos y ascendió hasta más de setenta mil dólares.

Finalmente quedaron tres postores. Por el momento iba ganando una mujer con la piel estirada gracias a la cirugía plástica.

Detrás estaba una joven que le rogaba a su papá que le diera más dinero todavía.

Y de vez en cuando participaba una mujer tranquila ataviada con un sencillo vestido negro.

La universitaria se rindió después de que su papá le dijera que no con la cabeza al subastador. Aun así la puja subió otros diez mil dólares; dinero que iría a parar a escolares desfavorecidos que necesitaban becas.

Por mucho que quisiera apartar la mirada de Troy, no podía.

Empezó a intentar averiguar cuál de las mujeres podía interesarle menos. No sabía mucho de él, pero tenía la impresión de que la de la cirugía plástica con el anillo de casada no tendría ningún interés para Troy.

¿La mujer tranquila del vestido negro? Podría ser su prima. Y eso le dio qué pensar. Si esa mujer ganaba y, si era su tipo, eso significaría que había sido sincero en el avión cuando flirteaba...

En cuanto en la sala se oyó «a la de una, a la de dos, vendido», la señora tranquila ganó a Troy Donavan durante todo el fin de semana a cambio de ochenta y nueve mil dólares. Y, a juzgar por la sonrisa gatuna de Troy, estaba encantado con el resultado.

Era ridículo que Hillary se sintiese tan decepcionada. Sí, se había sentido atraída por él, pero podría achacarlo a su vulnerabilidad en aquellos momentos. Estaba dolida, con las emociones a flor de piel.

La maestra de ceremonias se acercó a Troy, le quitó las esposas y se las guardó en el bolsillo del esmoquin. Él le dio un beso en la mano antes de quitarle el micrófono.

–Damas y caballeros –dijo con la misma voz despreocupada con la que había encandilado a Hillary en el avión–, estoy encantado de formar parte de algo tan generoso esta noche. Todo el espíritu de Robin Hood sin piratear ningún ordenador.

No se podía negar. A la gente le encantaba. Prácticamente bebían de su irreverencia y de su encanto. Todos salvo el coronel Salvatore. Él parecía... escéptico.

–Como bien sabéis, no se me conoce por jugar según las normas. Y esta noche no va a ser diferente –señaló a la mujer reservada que había ganado la puja–. Mi ayudante ha estado haciendo ofertas en mi nombre para poder tener la oportunidad de elegir a la mujer que yo quiera para pasar el fin de semana.

La gente empezó a murmurar.

–Lo sé... –dijo él encogiéndose de hombros–, no es del todo justo, pero no se me puede acusar de haber obligado a nadie a pagar más, dado que sobre mí ha recaído la puja más grande.

La maestra de ceremonias se acercó al micrófono.

–Y es una donación muy generosa, debo añadir –comentó–. Pero, por favor, continúe.

–Dado que estamos aquí para apoyar una buena causa, espero que la mujer que elija honre mi petición. Al fin y al cabo, sería un doble rasero si esta subasta de solteros fuese unidireccional.

Troy bajó los escalones del escenario con el micrófono en la mano. Los hombres y las mujeres presentes comenzaron a gritar y vitorear mientras él seguía hablando. Se detuvo en la primera fila, después continuó hasta la tercera, haciendo que todas las mujeres se preguntaran si serían las elegidas. El foco le seguía, y realzaba todos los ángulos de su cara.

De pronto se detuvo.

Estaba en el extremo de la quinta fila. Su fila. Justo al lado del coronel Salvatore. El coronel le miró con el ceño fruncido.

¿Y por qué no? Estaba impidiendo que ella pasase desapercibida ese fin de semana, que era lo que le habían ordenado hacer. Claro, que él no tenía por qué saber los problemas que podría causar al llamar la atención sobre aquella fila.

Troy estiró la mano y la miró directamente a los ojos.

–Te elijo a ti.

Capítulo 3

Hillary sintió un vuelco en el estómago al mismo tiempo que la rabia le crecía. ¿A qué estaba jugando Troy? No tenía ni idea.

Lo que sí sabía era que todas las mujeres de la sala tenían los ojos puestos en ella. Miró más allá y, maldición, vio su rostro horrorizado a todo color en las pantallas.

Troy se arrodilló frente a ella.

–Hillary, piensa en los niños y en sus becas. Sé mi cita este fin de semana –entonces se volvió hacia el coronel–. Espero que no le importe que le robe a su cita.

El coronel se aclaró la garganta y dijo:

–Es mi sobrina. Confío en que la tratará bien.

Sintió una mano en la espalda. Salvatore. Estaba avergonzada y se giró a él en busca de ayuda.

Salvatore sonrió.

–Deberías bailar, Hillary.

Cierto. Debía poner sus pies en movimiento y entonces la gente dejaría de mirarla. Decidida a no sentir nada, le dio la mano a Troy, y aun así el estómago le dio un vuelco. No tenía dieciséis años, por el amor de Dios.

El pianista comenzó a tocar. Una cantante con un vestido rojo agarró el micrófono y se lanzó a interpretar una canción de amor de los años cuarenta.

Troy tiró suavemente de ella y la condujo al centro de la pista de baile. El foco le calentaba las mejillas, de por sí acaloradas. La bufanda de seda de Troy le acariciaba la mano mientras bailaban al ritmo de la música. Debería haber imaginado que sería un excelente bailarín.

–¿Hay algo que no sepas hacer bien? –preguntó.

–Imagino que eso no es un cumplido.

–No pretendo ser grosera, pero he venido a trabajar, no a jugar.

–Créeme, esto no es un juego –contestó Troy mientras la acercaba más a él.

Tomó aire al sentir su cuerpo musculoso contra el suyo. Se le secó la boca y se le aceleró el pulso.

–Relájate y baila –su aliento fue como una caricia en su oreja–. Y prometo no cantar la melodía. Porque, en respuesta a tu pregunta, no tengo oído musical.

–Gracias por compartirlo conmigo, pero eso no me ayuda. No puedes esperar que me relaje. Acabas de decirle a una habitación llena de gente y con un grupo de periodistas que has pagado casi noventa mil dólares para pasar un fin de semana conmigo. Conmigo. Una mujer a la que conoces desde hace menos de un día. Solo hemos hablado una hora.

Troy fue guiándola por la pista mientras otras parejas se les iban uniendo. Sus cuerpos rozándose durante el baile creaban una sensación de privacidad ahora que los demás no los miraban.

–¿Y bien, Troy? –dijo ella–. ¿Qué pretendes conseguir?

–¿No crees en el amor a primera vista? –contestó él acariciándole el pelo con la nariz.

Hillary se tambaleó y se chocó con otra pareja.

–No, no creo. Creo en el deseo a primera vista, pero no en el amor. No confundas ambas cosas.

Aun así tuvo que resistir la tentación de presionar la mejilla contra la suya y sentir el roce de su barba incipiente. Era el tipo de rostro sin afeitar que no era desaliñado, sino que despertaba los instintos más básicos de cualquier mujer.

Pero la música se volvió más lenta y, en su lugar, apoyó la mejilla en su pecho por un momento.

–Mmm –murmuró él con aprobación–. Así que admites que te sientes atraída por mí.

Claro que se sentía atraída por él. Eso no significaba que pensara decírselo.

–Corrección: estaba diciendo que tú te sientes atraído por mí.

Troy se rio suavemente y le colocó la palma de la mano en la cintura.

–La seguridad que tienes en ti misma es muy persuasiva.

–No es seguridad exactamente –respondió ella, y se echó atrás para mirarlo a los ojos–. ¿Por qué si no te habrías tomado tantas molestias para pasar tiempo conmigo? Aunque supongo que tienes tanto dinero que tal vez esa cantidad de dinero no signifique nada para ti.

Él deslizó los nudillos por su mandíbula.

–Quería una oportunidad de pasar tiempo contigo.

–¿Y por qué no lo has hecho como las personas normales?

–Habría sido difícil si hubiera acabado siendo la cita de otra mujer todo el fin de semana.

–¿Y cómo sabías que estaría aquí?

–Te he visto cuando estaba entre bastidores. Mi ayudante estaba aquí. Ha sido tan fácil como enviarle un mensaje dándole instrucciones.

–Pero el salón de baile estaba lleno de gente.

–Podrías haber estado en un estadio de fútbol y te habría visto –le aseguró él mientras le acariciaba el cuello con los dedos–. Ahora vamos a dejar de discutir y a pasarlo bien. A no ser que pienses romper el acuerdo al que has llegado delante de toda esta gente. Pero debo advertirte de que todos se sentirán decepcionados contigo si le cuestas a la organización ochenta y nueve mil dólares.

Con sus caricias estuvo a punto de lograr que pasara por alto la manipulación de sus palabras.

Lo agarró de la muñeca y le colocó la mano en el hombro. Su hombro desnudo. Tal vez no hubiera sido muy buena idea después de todo.

–A la gente tampoco le caerás muy bien tú si no cumples con la puja de tu ayudante.

–Todo el mundo sabe que no me importa lo que la gente piense de mí –le dijo él con caricias sutiles–. Pero a ti sí te importan las opiniones de los demás. Rechazarme, negarte a seguirme el juego y hacer una escena pondría en peligro tu credibilidad como organizadora de eventos...

–Oh, basta ya. Ambos sabemos que no voy a montar una escena y que tú vas a pagar a la organización. ¿Y si mejor nos callamos y bailamos tranquilamente? –mientras pensaba en cuál sería su próximo movimiento. Al menos bailando con Troy podría examinar las caras de todos los que bailaban en la pista.

Troy chasqueó la lengua.

–Mi madre siempre decía que no está bien decirle a la gente que se calle.

–Eres exasperante.

–Al menos no te doy igual.

–Eso es fácil decirlo. Quiero terminar con esta cita cuanto antes para poder centrarme en la verdadera razón por la que estoy aquí.

–Para fijarte en el chef.

–Exacto, la comida.

Hubo un brillo fugaz en su mirada, pero desapareció de inmediato.

–Nuestra cita dura todo el fin de semana.

¿Un fin de semana entero aguantando sus caricias? ¿Su sentido del humor, su encanto? Incluso con su verdadera razón para estar allí, parecía que no le quedaba otro remedio. Podía seguir discutiendo con él o utilizar la situación a su favor.

Podría ser su cita del fin de semana y usar ese papel para mezclarse con la gente e intentar localizar al hombre misterioso que Barry había dicho que era su socio. Nadie cuestionaría sus motivos para estar allí y, si al coronel Salvatore no le gustara la idea, lo habría dicho cuando Troy le había pedido bailar. Ahora la gente estaría demasiado centrada en la persona con la que estaba como para preocuparse por sus razones para estar allí. Troy sería la tapadera perfecta.

Lo único que tenía que hacer era resistir la tentación de llevárselo a un rincón oscuro y besarlo hasta dejarle sin sentido.

Troy llevaba dos horas intentando alejar a Hillary de la multitud.

No le importaría estar a solas con ella después de ciento veintidós minutos teniéndola cerca, ya fuera durante el baile o mientras saboreaban los diferentes postres diminutos. Su feminidad y su aroma mentolado estaban volviéndole loco.

Pero tenía un plan. Ya había ejecutado la primera parte durante la subasta. Salvatore había estado mirándolo con el ceño fruncido toda la velada, un precio que merecía la pena pagar. Hillary podría hacer su identificación y lo tendría a él de guardaespaldas, aunque no lo supiera.

La condujo hacia la mesa de las bebidas, donde escogieron agua con gas y lima para ambos, y después a la terraza, donde estaban colocadas las mesas. El lugar estaba iluminado con luces titilantes, y el aire llevaba consigo el olor y los sonidos del lago. Escogió una mesa pegada a la pared, que daba al resto de mesas y no aparecía en las cámaras de seguridad.

Podrían sentarse juntos, protegidos por las sombras. Nadie se acercaría sin que él lo viese primero y ella podría observar la fiesta, aunque no supiera que estaban en el mismo bando. Su instinto le decía que era sincera, pero no podía arriesgarse a contarle su colaboración con Salvatore hasta que estuvieran seguros de su inocencia.

Una suave música jazz llegaba hasta sus oídos a través de las puertas abiertas. Un saxofonista se había unido al pianista y a la cantante. Todos los músicos de la velada eran gente importante que había donado su talento al evento. Uno de ellos incluso era un compañero de la escuela militar, y también reclutado por Salvatore. Aquel lugar estaba lleno de dinero y de planes ocultos.

Incluyendo el suyo.

Ocupó su asiento junto a ella y el sonido de las esposas en el bolsillo le recordó sus fantasías. Se permitió el lujo de observarla por el rabillo del ojo. No había manera de esconder a una mujer como ella. Cierto, llevaba un sencillo vestido negro y el pelo echado a un lado. Resaltaba por la simplicidad de su presencia.

–¿Sigues enfadada por lo de la subasta? –le preguntó.

Ella dejó la copa en la mesa.

–Estoy disgustada porque no me contaras la verdad en el avión. No me gusta que me mientan.

–No te mentí –había escogido bien sus palabras.

–Omitiste partes. Divagaste sobre tu identidad. Divagar no es lo mismo que mentir.

Hablaba como el coronel Salvatore. Troy maldijo suavemente.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó ella con la ceja levantada, de nuevo igual que su mentor.

–Si te hubiera dicho mi nombre completo en el avión, ¿me habrías dirigido la palabra? –se inclinó hacia ella y le agarró la mano–. Y, si me hubieras hablado, ¿habría sido igual de divertido que la conversación que mantuvimos?

Ella se quedó callada, pero no apartó la mano.

–Exacto –Troy le acarició la parte interior de la muñeca y disfrutó de la suavidad de su piel, así como de su pulso acelerado.

–Quería hablar contigo, así que no se me ocurrió sacar una tarjeta de visita que dijese «soy el pirata Robin Hood».

–De acuerdo, de acuerdo... –Hillary se mordió el labio inferior–, pero ¿puedes al menos admitir que me confundiste deliberadamente?

–Es verdad –le agarró la mano con las suyas y apretó una vez. Estaba haciendo progresos. Acercándose. La anticipación vibraba por sus venas al ritmo de la música–. Y siento que eso te haya disgustado, porque, sinceramente, desde que te vi en el avión, he querido pasar tiempo contigo. Quiero que me veas a mí, no mi página de la Wikipedia.

–Tienes un argumento convincente.

–Bien. Entonces piensa en esto. Vamos a pasar aquí el fin de semana, así que mejor disfrutarlo al máximo. No pienses más allá del domingo. Tendré paciencia con tus visitas al chef.

–No tienes por qué.

–Estoy en Chicago porque estoy obligado a estar aquí. Tú has hecho que un fin de semana aburrido sea más interesante. Si pasamos juntos el resto de la gala, no tendremos que mantener conversaciones incómodas con los demás.

–¿Más vale malo conocido que bueno por conocer?

–Puedo vivir con eso si significa que pasaré más tiempo contigo.

Ella entornó los párpados y deslizó el dedo por sus manos unidas.

–¿En serio estás ligando conmigo?

–Sí –y, por una vez, no estaba ocultándole nada.

–Debes de estar desesperado.

–Desesperado por tu compañía.

–No eres gracioso.

–Sí lo soy. Pero no es algo de lo que me enorgullezca. Soy un tipo listo, y la inteligencia es una lotería genética. Lo que de verdad importa es cómo utilizo ese talento.

Hillary se inclinó ligeramente hacia delante.

–Parte de ese discurso egocéntrico tiene sentido.

Troy también se acercó a ella, hasta que estuvieron separados por un centímetro de aire. Aguardó. La respiración de Hillary se había acelerado al ritmo de los movimientos de su pecho. Tenía las pupilas dilatadas cuando lo miró.

Entonces cerró los ojos. Era toda la invitación que necesitaba.

Troy se aprovechó de la oscuridad y la besó. Le pasó un brazo por los hombros y siguió besándola y acariciando la comisura de sus labios hasta que ella abrió la boca. El suspiro que emitió hizo que le invadiera una sensación triunfal. Llevaba deseando hacer aquello desde que la viera en el avión.

Enredó los dedos en su pelo. Había química, una conexión que deseaba explorar junto con la curva de sus caderas y de sus pechos. Deseaba besarle el doblez del codo y la parte trasera de las rodillas para descubrir qué partes hacían que se volviera loca de placer. Aquel fin de semana representaba la oportunidad ideal para disfrutar de las fantasías sexuales que cobraban vida en su cerebro.

Ella colocó la mano abierta en su pecho, le agarró la bufanda y tiró de él.

A Troy se le aceleró el corazón con la fuerza de su pasión. Y la idea de que ella le quitara la bufanda y el resto de la ropa hasta dejarle desnudo…

Se apartó de ella antes de llegar demasiado lejos en un lugar público. Ella suspiró y miró a su alrededor.

Se llevó la parte interior de su muñeca a la boca.

–Eso ha sido…

–Asombroso.

–Mala idea.

–Sabía que dirías eso.

Hillary colocó ambas manos sobre la mesa y tomó aliento.

–Tienes que entender que tengo muy mal gusto para los hombres. Es como si tuviera un radar que encuentra al tipo más mentiroso de la habitación. Así que el hecho de que me gustes te convierte en altamente peligroso.

–Te gusto –repitió él mientras le recolocaba la horquilla del pelo–. Reconozco que sabes darle esperanzas a un hombre y al mismo tiempo volver a quitárselas.

–Lo siento, pero es cierto. Y, sinceramente… –miró a su alrededor nerviosamente–, es un mal momento para pensar en tener una cita.

Parecía estar buscando una vía de escape, pero Troy sabía que debía quedarse allí, en la fiesta. Observando. Igual que él. De modo que presionarla para que se quedara en la mesa no sería difícil.

Deseaba volver a besarla. Pero se conformaría con escuchar el sonido de su voz, que era más asombroso que la cantante profesional y los músicos que tocaban en el salón de baile.

–Cuéntame más sobre esos hombres tan terribles a los que eliges.

Hillary se dispuso a levantarse para marcharse.

–No me gusta que se rían de mí.

Él le acarició el brazo.

–Quédate, por favor. Hablo en serio. Quiero saber más de ti. A no ser que tengas que estar en otra parte.

Hillary se llevó dos dedos a la sien, como si estuviera combatiendo un dolor de cabeza, después miró al interior de la sala y negó con la cabeza.

–Debería quedarme hasta que... el chef se quede libre.

–Entonces pasa el tiempo conmigo. Háblame de los perdedores.

Ella se dio la vuelta lentamente.

–Bien, si insistes –levantó tres dedos–. En el instituto salí con tres chicos. Uno me engañó –bajó ese dedo–. El otro me utilizaba para acercarse a mi mejor amiga –bajó otro dedo más–. Al número tres le gustaba añadir vodka a su bebida isotónica y me dejó en mitad del baile de bienvenida. Y ese patrón se repitió en la universidad y en las pocas ocasiones en las que me he arriesgado a tener una relación siendo adulta. Soy como una especie de imán para la basura.

Lo contó de manera aburrida, como si hubiera construido un muro defensivo contra el dolor, pero él sabía que no era más que una pose. Se sintió culpable por todas las cosas que no podía contarle, que no estaba autorizado a contarle. Su trabajo intermitente para la INTERPOL dependía de que llevase un estilo de vida despreocupado. Pero, si alguna vez Hillary descubría su verdadera razón para estar allí, tendría que saber que, por una vez, alguien estaba priorizando su bienestar.

–Hillary, no está bien que me llames basura.

–Lo siento, de verdad, pero debes de serlo, si te sientes atraído por mí. O quizá sea porque yo me siento atraída por ti.

–O tal vez tengas que besar a muchas ranas hasta que encuentres a tu príncipe.

Ella se carcajeó abiertamente.

–Estás mezclando cuentos. Tú no eres un príncipe. Eres Robin Hood.

–Odio que me llamen así.

–Robin Hood ha sido muy querido a lo largo de la historia –dijo mientras jugueteaba con un mechón de pelo–. Se preocupaba por los más desfavorecidos. Destapaba la corrupción.

–Pero no lo hacía por ser famoso.

–Así que lo que buscas es que te adoren –le acarició la muñeca, donde ya podía apreciarse un hematoma debido a las esposas–. De hecho eso es bastante honorable.

–Cuidado. Estás cayendo en mis redes de basura.

–Cierto –Hillary apartó la mano–. Gracias por recordármelo.

–Solo quiero que estés a salvo de mí.

–Tengo veintisiete años. Ya es hora de que sepa cuidar de mí misma.

–¿Significa eso que vas a dejar de resistirte a la idea de ser mi cita el fin de semana? –aquellos dos días serían mucho más fáciles si ella se dejaba llevar. Más fáciles, sí, pero Troy no podía negar que discutir con ella le resultaba excitante.

–Creí que la subasta era para esta noche.

–No es verdad –volvió a agarrarle la mano–. Pero buen intentó –le dio un beso en la parte interior de la muñeca y dejó ahí los labios.

Ella tragó saliva y se puso en pie.

–Con respecto al fin de semana, tengo que trabajar. No puedo estar todo el tiempo contigo.

–Yo me iré por ahí mientras trabajas. Incluso puedo degustar algún paté y darte mi opinión sobre los pastelitos de mazapán. Mis amigos dicen que soy muy cultivado –le pasó un brazo por encima de los hombros y la arrastró hacia él–. No tengo ataduras, tengo dinero y pocas cosas que hacer. Así que soy todo tuyo.

–No es buena idea –mientras se alejaban de la mesa y entraban en el vestíbulo, Hillary miró por encima del hombro hacia el salón de baile.

–¿Por qué no? –porque, a juzgar por cómo habían bailado juntos, podrían pasárselo muy, muy bien.

Hillary esquivó a dos mujeres que se cruzaron en su camino en dirección al cuarto de baño.

–Te aburrirás.

Troy se detuvo frente al ascensor y pulsó el botón.

–Déjame hacer una llamada. Puedo ayudarte, ¿sabes? –eligió sus palabras con cuidado, para que ella pensase que se refería a los chefs, pero para que también se diese cuenta de que podía proporcionarle mayor acceso a las personas–. Si vas conmigo, conocerás a más gente y harás más contactos para tu negocio.

Ella se quedó mirándolo con los párpados entornados.

–¿Crees que todo el mundo es maquiavélico?

–Sé que tú lo eres –respondió él sin pestañear–. Y saber eso hace que la vida sea más fácil.

–Troy –Hillary le acarició la bufanda de seda y sus ojos azules se oscurecieron con... ¿tristeza?–. Esa no es manera de vivir tu vida.

Se inclinó hacia él y Troy se preguntó cómo diablos había conseguido que se acercarse cuando menos lo intentaba. Había algo en Hillary Wright que le hacía perder el equilibrio, y había sido así desde el principio.

En ese momento lo único que deseaba era subir a su suite del ático y pasar la noche haciéndole el amor. Decirle una y otra vez lo perfecta que era. Demostrarle que podía confiar en él, que no quería arrebatarle nada. Solo deseaba dar.

Las puertas del ascensor se abrieron.

El coronel Salvatore se encontraba dentro, y los espejos reflejaban su ceño fruncido. Llevaba el pequeño bolso de Hillary en una mano.

–He estado buscándoos.

Capítulo 4

Hillary clavó los tacones en el suelo enmoquetado al ver al coronel Salvatore mirándola desde el interior del ascensor.

Se sentía incapaz de avanzar y poner fin a aquella velada con Troy. Una velada increíble. Poco convencional, cierto, pero divertida. La había sorprendido con una mezcla de arrogancia, humor, inteligencia y percepción.

Además, besaba increíblemente bien.

Se obligó a moverse sin que se le notaran los nervios. Una vez dentro del ascensor, extendió la mano para recuperar su bolso.

–Debo de habérmelo dejado en la subasta. Gracias por cuidármelo.

Troy entró en el ascensor detrás de ella, y entonces Hillary se dio cuenta de que debía de sentir curiosidad por Salvatore, aunque creyera que era su tío. Buscó las palabras para explicarse sin decir cosas que no podía decir.

–Troy, este es mi amigo, el coronel...

–No es necesario, señorita Wright –intervino Salvatore–. Troy y yo nos conocemos bien.

Algo oscuro en su voz le produjo escalofríos. Los miró a los dos. Troy deslizó la tarjeta para acceder al ático y el coronel mantuvo las manos en la espalda. Ella estiró el brazo para pulsar el botón de su piso.

Salvatore negó con la cabeza cuando las puertas se cerraron.

–Vamos todos juntos. Ya es hora de que tengamos una conversación los tres.

A medida que pasaban los pisos, Hillary se dio cuenta de que aquellos dos hombres se conocían mejor que bien. De pronto supo que Troy estaba relacionado con su razón de estar allí. Dado su pasado turbulento, ¿podría estar relacionado con el asunto de Barry? El estómago le dio un vuelco mientras el ascensor subía.

Finalmente las puertas se abrieron. Troy los condujo al interior de una suite de tres habitaciones.

En cualquier otro momento, Hillary habría disfrutado examinando las tapicerías y los suelos de madera, por no mencionar las espectaculares vistas de la ciudad desde una pared acristalada. El coronel Salvatore daba vueltas de un lado a otro con las manos en la espalda, y sus pisadas dejaban surcos en las alfombras persas del suelo. Troy estaba apoyado tranquilamente en la barra, jugueteando con un mezclador de cristal.

–¿Quiere alguien decirme qué pasa? –preguntó Hillary cuando el silencio se hizo insoportable.

–Bien –Salvatore dejó de moverse abruptamente–. Esperaba algo más de ambos. Mientras hacíais manitas en la terraza, nuestro hombre se escapaba. Mis fuentes dicen que se marchó en algún momento de la velada y que probablemente ya esté en un avión privado para salir del país.

Hillary se dejó caer en un sofá.

–¿Nuestro hombre?

Salvatore se giró entonces hacia Troy.

–¿De verdad no le has contado nada de tu papel aquí? Maldita sea, Donavan, ¿por qué eliges este momento para seguir las reglas cuando nunca antes te habías molestado en mantenerme contento? –volvió a mirar a Hillary–. Troy Donavan está en Chicago por la misma razón que tú. Para ayudar a identificar al socio de Barry Curtis.

Hillary había sospechado la verdad desde que las puertas del ascensor se habían abierto y el coronel había dicho que estaba buscándolos. Pero, hasta el último segundo, había albergado la esperanza de que estuviera equivocada. Al parecer su radar de chicos malos funcionaba a la perfección.

Troy sabía cuál era la razón de su presencia allí y no le había dicho ni una palabra. Le había hecho creer que realmente deseaba pasar tiempo con ella. Debía de haber quedado en ridículo, hablándole del chef al que tenía que ver. Para él todo había sido un juego.

Se obligó a prestar atención a las palabras de Salvatore. Para bien o para mal, seguía teniendo que superar aquel fin de semana para recuperar su vida.

–El tipo al que buscamos es especialista en mantenerse alejado de las cámaras de seguridad. Es como si tuviese información desde dentro. Pero aun así me gustaría que revisarais las grabaciones de los acontecimientos de esta noche para ver si podéis encontrar algo.

–¿Y por qué necesita que los dos lo identifiquemos? –preguntó ella mientras intentaba asimilar tanta información.

–Sí, coronel, por favor, dínoslo, porque yo he estado haciéndome la misma pregunta.

–Algunas cosas en la vida son así, y no necesitáis saber por qué decido actuar de esta manera. Troy, mi técnico te ha enviado todas las grabaciones de seguridad de esta noche. Espero que me deis buenas noticias por la mañana –miró a Hillary–. Ya te han traído aquí el equipaje para que puedas quitarte el vestido.

¿Compartir la suite con Troy? Miró hacia las dos puertas que conducían a los dormitorios. ¿Dónde se quedaría el coronel?

–¿Si encontramos antes de mañana a quien estamos buscando podremos irnos a casa? ¿Esto habrá acabado?

–Troy se pondrá en contacto conmigo. Estaré en mi suite, al otro lado del pasillo. Cuando hayamos revisado lo que encontréis, podréis marcharos. Si alguien os ve saliendo del hotel, dejad que piensen que vais a pasar el fin de semana juntos en otra parte.

–¿Vas a enviar a Hillary de vuelta a Washington sin protección después de convertirla en un blanco? –Preguntó Troy–. Piénsalo mejor.

¿Un blanco? Debía de estar exagerando.

–¿Y no crees que ya era un blanco antes? Ayudarnos es su mejor oportunidad para recuperar una vida normal. Te deseo suerte para intentar convencerla de que haga las cosas a tu manera después de lo que le has hecho –dijo el coronel por encima del hombro mientras se dirigía hacia la puerta.

Después de que se marchara, Troy echó todos los cerrojos y la dejó encerrada allí con él.

Hillary se puso en pie y se acercó a los ventanales. De pronto sentía claustrofobia y necesitaba contemplar un espacio abierto.

–No puedo creer que haya sido tan idiota.

Troy se acercó a ella con las manos en los bolsillos. No parecía sorprendido. ¿Y por qué iba a estarlo? Había estado jugando con ella desde el principio.

–Maldito seas, Troy Donavan –dijo Hillary dando un golpe al cristal–. Me estaba reprendiendo a mí misma por creerme tus mentiras en el avión. Sabía que no debía confiar en ti y aun así he vuelto a caer en la trampa pocas horas más tarde. Debes de haber estado riéndote mucho de lo ingenua que soy.

–Oye, yo soy el bueno. Tu instinto no tiene nada de malo. Y te prometo que no me he reído de ti en ningún momento. Solo quería que estuvieras a salvo.

Hillary se cruzó de brazos.

–¿Por qué eres el bueno? Yo trabajo con el coronel para salir de un problema en el que me metí por confiar en la persona equivocada. Si el coronel te obliga a estar aquí también, me cuesta confiar en el hombre que ha de mantenerme a salvo.

–Digamos que es un amigo y que necesitaba mi ayuda. Él te lo confirmará –Troy se inclinó hacia ella y le transmitió su calor–. Cuando te vi y me di cuenta de en lo que te estabas metiendo, pensé que te vendría bien algún... refuerzo.

–Pero me mentiste. De nuevo, después de la subasta –y eso le dolía, quizá demasiado para ser alguien a quien apenas conocía–. En la pista de baile y en la terraza, al no decirme que sabías por qué estaba aquí. Cuando me besaste. Me mentiste al no explicarme que estás aquí por la misma razón. Me has tomado por tonta.

Sus ojos verdes brillaban con tanta sinceridad que dolía.

–Jamás te he tomado por tonta. Mi única preocupación desde que te vi en el avión ha sido protegerte de cualquier daño colateral.

–¿Y seducirme? ¿Eso forma parte de protegerme?

Él se acercó más.

–Protegerte y sentirme atraído por ti no tienen por qué ser cosas incompatibles.

Hillary le puso una mano en el pecho para detenerlo, pero esa maldita bufanda de seda le acarició los dedos y le dio ganas de tirar de él.

–¿Y eso no rompe alguna especie de código ético?

–No soy policía, ni detective, ni militar. Ni siquiera un espía –contestó él mientras le agarraba la mano–. Así que, no. Seducirte no interfiere con mi ética.

–Entonces, ¿qué eres? Por favor, explícate –se quedó mirándolo a los ojos con la esperanza de encontrar alguna ventana que le diese acceso a su alma, alguna manera de entender qué parte de la velada era real.

–Soy un ciudadano preocupado con el poder de ayudar, igual que tú –su voz sonaba sincera, pero hubo cierta cadencia en su respuesta que resultó demasiado ensayada. Debía de haber algo más. Pero, a juzgar por su mandíbula apretada, era evidente que no pensaba decírselo.

–Entonces, ¿por qué me besaste?

–Porque quería. Y sigo queriendo –no se acercó, pero entrelazó los dedos con los de ella hasta que sus manos quedaron unidas. La conexión entre ambos volvió a ser evidente, incluso sin el beso.

Hillary apartó la mano de inmediato.

–Bueno, pues eso no va a volver a ocurrir –dio un paso atrás para alejarse de él y de su sonrisa–. ¿Puedes preparar tu ordenador mientras yo me cambio? Tenemos trabajo que hacer. Me gustaría terminar lo antes posible para poder despedirnos y decir adiós a este horrible asunto.

Hillary se encerró en uno de los dormitorios y se quedó apoyada contra la puerta.

Examinó con la mirada la habitación, su santuario temporal con una cama de caoba. Lanzó el bolso sobre la colcha y empezó a rebuscar en su equipaje algo apropiado que pudiera ponerse. ¿Qué elegía alguien para pasar una noche con un hombre al que deseaba, pero al que tenía que mantener alejado? Algo informal, con algo de brillo para su orgullo herido…

El móvil empezó a vibrar dentro del bolso. Se apresuró a descolgar y vio el número de su hermana Claudia en la pantalla.

Claudia vivía en Vermont con su marido y sus tres hijos, donde impartía clases en la escuela y cuidaba de su madre. Su hermana mayor era la persona perfecta, la fuerte que se enfrentaba a la vida según sus propias condiciones. Nunca se escondía de nada ni de nadie. Hillary admiraba a Claudia y su habilidad para dejar atrás el pasado y avanzar así hacia el futuro.

Claudia no se habría dejado engañar por alguien como Barry.

–Hola, Claudia.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Hola, Claudia? –dijo su hermana, más en tono de broma que con preocupación–. Hillary Elizabeth Wright, ¿por qué no me has devuelto ninguna de las siete llamadas?

Hillary sujetó el móvil con la mejilla y se desabrochó el vestido.

–Solo llevo fuera un día. No hay por qué alarmarse.

–Y menudo días has tenido, hermanita –respondió Claudia–. Deberías habérmelo dicho.

–¿Decirte qué? –Hillary se bajó el vestido y se lo quitó.

–Que conoces a Troy Donavan, el pirata Robin Hood, el chico malo y multimillonario.

Hillary se detuvo cuando estaba poniéndose los vaqueros.

–¿De qué estás hablando? No lo conozco.

¿Ahora quién estaba tergiversando la realidad? Pero necesitaba ordenar sus pensamientos.

–Entonces tienes una doble, porque apareces en las fotos con él. Tus búsquedas en Google han subido como la espuma.

«Debería haberlo sabido», pensó mientras terminaba de ponerse los pantalones.

–Lo he conocido hoy mismo.

–No, no, hermanita querida. No me refiero a eso. ¿Ha pujado cien mil dólares para pasar un fin de semana contigo?

–Ochenta y nueve mil dólares, para ser exactos –aclaró Hillary mientras se ponía una camisa–. Los periodistas deben de haber redondeado.

–Ochenta y nueve mil dólares. Madre mía. Yo no consigo que mi marido pague la cuenta por un gofre en la heladería.

–Billy es un gran tipo y has estado loca por él desde que te sentaste a su lado en clase de geometría en el instituto.

–Lo sé, y lo adoro porque es muy generoso en otros sentidos –Claudia ronroneó por teléfono de una forma no demasiado sutil–. Pero estoy viviendo a través de ti por un momento. Es agradable fantasear con no tener hipotecas ni pañales. Así que escúpelo. Quiero detalles. Ahora.

–Es una locura. Estoy segura de que se aburre y yo le he dicho que no, cosa que ha interpretado como un desafío.

–Entonces sigue desafiándolo hasta que te regale alguna joya.

–Eso es algo horrible.

–Ahhh –dijo su hermana–. Te gusta de verdad.

–No me gusta. No puede gustarme –se tumbó en la cama y se quedó mirando las molduras del techo–. No lo conozco lo suficiente como para llegar a esa conclusión.

–Está bueno, ¿verdad?

–Muy bueno.

–Qué suerte tienes. ¿Has pasado una noche loca con él?

–Dios, no –Hillary se incorporó al contestar–. Dado que ha comprado un fin de semana conmigo, acostarme con él me haría sentir… barata.

Aun así no podía evitar imaginarse con él en aquella cama enorme.

–Odio ser yo quien te lo diga, pero ochenta y nueve mil dólares no es barato, hermanita. ¿Te habrías acostado con él si no hubiese habido subasta?

–No. Desde luego que no –vaciló un instante–. No lo creo.

–Vaya. Sí que te ha calado hondo.

En ese momento llamaron a su puerta.

–Está aquí. Tengo que colgar.

–Llámame. Aunque sea para decirme que estás bien. Has tenido un año duro.

–Todos lo hemos tenido –su padre había muerto de un ataque al corazón mientras dormía. Su madre estaba en rehabilitación… otra vez. Y, en su desesperación, ella se había perdido en una relación desastrosa con Barry. Ya era hora de que les cambiara la suerte–. Te quiero mucho, pero tengo que colgar.

«Te quiero mucho».

La voz de Hillary resonaba en la cabeza de Troy al verla entrar en la sala de estar de la suite. ¿Con quién había estado hablando por teléfono mientras se cambiaba de ropa?

Resultaba increíblemente atractiva con aquellos vaqueros ajustados y esa camisa rosa, con una cadena de plata a modo de cinturón.

Se dio la vuelta y se remangó la camisa; él también se había puesto unos vaqueros. En la mesita del café había colocado el ordenador portátil. Ahora solo tenía que registrarse para acceder a los vídeos del coronel.

Qué típico de Salvatore asegurarse de que Hillary estuviese enfadada con él antes de dejarla allí el resto de la noche. Sin duda había logrado vengarse después del numerito de la subasta.

Habían jugado a ese tira y afloja desde los tiempos de la escuela. Troy reprogramaba los timbres de las clases. El coronel aumentaba en una hora los periodos nocturnos de estudio, lo que enfurecía a los compañeros de Troy, que se vengaban de él de diversas maneras.

Normalmente esos juegos de poder con Salvatore eran divertidos. Pero esa noche no. Al menos tener a Hillary en su suite hacía que fuese más fácil vigilarla.

–He pedido café y algo de comer, por si se hace tarde –comentó sin levantar la mirada del teclado.

–Me tomaré el café, pero no quiero comer. No perdamos tiempo. Tenemos trabajo que hacer.

–He conectado el ordenador a la pantalla de la tele, las imágenes serán más grandes y será más fácil captar los matices. Quizá quieras replantearte lo de la comida. Esto nos llevará un tiempo. No es como ver todas las imágenes una vez y ya está. Hay diferentes ángulos de cámara, interiores y exteriores. Reviviremos la noche cinco o seis veces desde diferentes puntos.

–¿Salimos nosotros? –preguntó ella.

–Supongo que sí.

–¿Y lo de la terraza? ¿El beso? ¿Eso se puede ver en la cámara?

–A mí también se me da bien esquivar las cámaras de seguridad cuando quiero –la miró y se fijó en la línea de sus piernas–, te lo aseguro. Ese momento ha sido privado. Aunque sí que están las imágenes en las que salimos bailando…

–Enciende la tele –Hillary se sirvió una taza de café y se acomodó en uno de los sillones.

Él se sentó en el sofá frente al ordenador y dividió la pantalla de la televisión en cuatro imágenes.

–¿Cómo es que hay tan pocas personas que hayan visto a este tipo? –preguntó ella antes de dar un trago al café.

–No es que lo haya visto poca gente. Es que todos tienen miedo de hablar –respondió él mientras pasaba imágenes de paredes y salas vacías–. Tú también deberías tener miedo.

–¿Por qué tú no tienes miedos?

–Yo tengo miedo por ti. ¿Eso cuenta?

Llegaron a las imágenes del personal de limpieza y de los camareros que preparaban la cena. Los del catering. Los de las flores. El hecho de que su confidente dijera que el tipo estaría en la fiesta no significaba que no pudiera usar una identidad falsa. Troy hizo zoom en una cara.

–Troy –dijo ella de pronto.

–¿Ves algo? –preguntó él tras parar la imagen.

–No, nada. Vuelve a darle al play –respondió Hillary mientras dejaba la taza y el plato de porcelana en la mesita–. Me preguntaba... ¿cómo conociste al coronel Salvatore? Y, por favor, por una vez, sé sincero la primera vez que te hago una pregunta.

–El coronel era el director de la escuela militar a la que me enviaron siendo un adolescente. Desde entonces se dedica a... otros asuntos.

–¿Sigues en contacto con él?

–Así es –igual que otros cuantos alumnos seleccionados–. Digamos que estoy en deuda con él por la vida que llevo ahora, y él se está cobrando un favor.

Hillary se levantó del sillón y se acercó al carrito de la comida. Lo acercó más a él y sirvió dos tazas.

Dejó una taza y un plato junto al ordenador.

–¿Cómo era tu instituto?

–Una cárcel.

–Me refería a cómo era la escuela, cómo era tu vida antes de que te enviaran a la escuela militar.

–Aburrida –se terminó el café y dejó la taza vacía sobre la mesa.

–¿Por eso te colaste en el sistema informático del Departamento de Defensa? –se sentó junto a él y apoyó la taza en su rodilla–. ¿Porque te aburrías?

–Eso me convertiría en una persona muy superficial.

–¿Lo eres?

–¿A ti qué te parece?

La zona de la subasta comenzó a llenarse en la pantalla. Troy manipuló el enfoque para capturar imágenes de gente de espaldas a las cámaras, con sus reflejos en un espejo, o en los cristales, e incluso en una ponchera de cristal.

Ella se inclinó adelante.

–Me parece que probablemente seas un genio y que un entorno académico normal no era el lugar idóneo para ti.

–Mis padres me enviaban a los mejores colegios privados... –una y otra vez, para que le expulsaran de nuevo– hasta que acabé en la academia militar.

–Allí también te aburrías.

–Los profesores lo intentaban –respondió él. Colocó un brazo sobre el respaldo del sofá y utilizó el otro para manejar el teclado–. Pero tenían una clase llena de alumnos. Así que me entregaban mucho material para estudiar de manera individual.

–Trabajo de ordenadores –Hillary depositó su taza en el otro extremo de la mesita–. ¿Solo?

–Sí, solo. Todo el maldito día.

–Era eso o ser un paria social en una clase llena de gente que me sacaba cinco años o más.

Hillary pulsó la tecla del pause y se volvió hacia él.

–Me parece mucha soledad para un crío.

–Mis habilidades sociales no eran de lo mejor. Era más feliz estando solo.

–¿Cómo esperaban tus profesores y tus padres que mejorasen tus habilidades sociales si te aislaban?

Troy no quería su compasión. Se sentía frustrado al ver que Hillary había logrado derribar sus defensas y sacarle información que normalmente no compartía con nadie.

–¿Quieres darme clases? –preguntó.

–A mí me parece que has perfeccionado el arte de la comunicación –respondió ella.

La ira siempre había sido su punto débil.

–Tengo que agradecerle mis habilidades sociales a la hermandad.

Y el control de la ira también.

–¿La hermandad?

Troy volvió a darle al play y se entretuvo manipulando la imagen.

–La escuela militar fue una sentencia, cierto, pero allí encontré a mis primeros amigos. Eran gente como yo en muchos aspectos. Aprendí a formar parte de un grupo.

–La escuela militar. Entonces, ¿ellos también tenían problemas?

–¿Te refieres a antecedentes penales?

–No juzgo –respondió ella, y se inclinó hacia delante hasta que le rozó el brazo con el pelo–. Solo preguntaba.

¿Estaba flirteando? ¿Por qué no paraba de preguntarle cosas sobre él? En cualquier caso, Troy no dejaría pasar la oportunidad de llamar su atención y ganarse su confianza.

–Muchos de los chicos de la escuela estaban allí porque querían una educación militar antes de entrar en el ejército –le agarró uno de los mechones y lo enrolló alrededor de su dedo–. Algunos habíamos sido enviados allí para aprender a ser más disciplinados.

Tocarle el pelo y nada más requirió de todo su autocontrol. Pero nada logró controlar la sangre que se acumulaba en su entrepierna y el deseo de desnudarla allí mismo.

–¿Y tú formaste una hermandad con ellos?

–Así es –eso podía decirlo con sinceridad y sin mencionar la relación de Salvatore con la INTERPOL–. Juntos aprendimos a jugar según las reglas.

–A mí no me pareces especialmente conformista.

–Deberías haberme visto entonces.

–¿Tienes fotos de aquella época guardadas en este ordenador? –se inclinó hacia delante y él le soltó el pelo rápidamente.

–Guardadas bajo llave. Confía en mí, nunca encontrarás antiguos anuarios míos.

–Mmm…

Volvió a quedarse callada y Troy se preguntó en qué estaría pensando. Congeló la imagen del salón de baile en la pantalla. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

–Eres asombrosa –dijo él agarrándole de nuevo un mechón de pelo.

–Los cumplidos no me llevarán a tu cama –respondió ella, pero sus labios estaban tan cerca de los suyos que casi podía tocarlos.

–¿Y si yo voy a la tuya? –preguntó Troy mirándola a los ojos.

Capítulo 5

Al sentir su mano en el pelo y sus dedos acariciándola, Hillary experimentó una mezcla de deseo y placer. Deseaba hacer algo que no hubiera hecho antes; pasar una noche loca con un desconocido.

–Ya te he dicho que no íbamos a volver a besarnos.

–Ya te he oído. Admítelo, tienes tentaciones.

–Tengo tentaciones de comerme una bolsa entera de malvaviscos y eso no significa que vaya a hacerlo.

–¿Nunca?

–De acuerdo. Puede que lo hiciera una vez. No significa que fuera inteligente por mi parte.

–Entonces, ¿qué me dices de un beso sin más? Así podrás demostrarme que lo que sentimos abajo fue solo casualidad.

¿Casualidad? Ella sabía bien lo que había sentido, y era real. Lo cual no significaba que fuese a irse a la cama con un hombre solo porque el beso hubiera sido asombroso. Tal vez esa fuese la lección que Troy debía aprender. Ella podría cambiar las tornas, dejarle sin aliento con un solo beso y demostrarle que no quería nada más. Le acarició la frente con los dedos y fue bajando hasta la barbilla.

Lentamente empezó a mordisquearle el labio inferior y a tirar con suavidad antes de deslizar la lengua por su boca. Cerró los ojos y se pegó a él; sus labios, su pecho, sus manos y todo su cuerpo.

Aquel beso fue distinto al que habían compartido en la terraza, donde podían haberles interrumpido. Allí estaban solos. Podía explorar sus hombros y los músculos de sus brazos.

Se le endurecieron los pezones al contacto con su torso. Se retorció para juntarse más a él, se sentó en su regazo y después a horcajadas. Y... Se arqueó contra él y sintió su erección presionando entre sus muslos.

Un ronroneo de placer le subió por la garganta y se mezcló con el gemido de aprobación de Troy.

Él apartó las manos de su pelo y las deslizó por su espalda hasta llegar a las nalgas. Con un movimiento fluido, la tumbó y la estiró en el sofá. Sentir su peso resultaba muy agradable.

Hillary le pasó una pierna por encima y echó la cabeza atrás mientras él iba besándole la mandíbula hasta llegar a la oreja. Su aliento caliente le acariciaba la piel con la promesa de lo bueno que sería sentir esa boca por todo su cuerpo. En un momento dado estuvo a punto de perder el control, así que lanzó un brazo al aire para enderezarse y se agarró a la mesita del café...

Lo que hizo que su taza de porcelana cayera al suelo.

Troy se quedó quieto y después apartó el ordenador del café derramado. Al sentir el aire a su alrededor, Hillary recuperó la razón. ¿Qué diablos estaba haciendo? Acababa de conocer a ese hombre y ya le había besado dos veces. Había querido demostrarle que podía besarlo y nada más, pero había acabado debajo de él.

Volvió a poner los pies en el suelo y hundió los dedos en la alfombra. Ceder a la tentación de besarlo no había sido buena idea. Debía concentrarse en el vídeo para localizar al hombre misterioso lo antes posible...

Entornó los ojos y se quedó mirando una esquina de la pantalla, el destello de un anillo dorado que le resultaba familiar, con una especie de moneda incrustada encima. La pasión que le nublaba los sentidos se disipó lo suficiente para permitirle procesar lo que tenía ante sus ojos.

–Troy, espera un segundo –lo agarró del hombro.

–¿Qué sucede? –preguntó él.

–En la tele. ¿Puedes manipular esa imagen? Ahí... –señaló la esquina superior izquierda mientras él volvía a sentarse frente al ordenador–. ¿Puedes encontrar un reflejo de la cara del hombre que lleva ese anillo tan horrible?

–Claro que puedo –Troy se recostó en el sofá con el portátil encima.

Segundos más tarde la imagen se amplió con una claridad que le dejó sin aliento. Fuera cual fuera el software que estuviese usando, era mucho mejor que cualquier cosa que hubiera visto ella. La imagen se movió y se dio la vuelta mientras él manipulaba los ángulos y obtenía reflejos de todas las fuentes disponibles, hasta que...

Bingo.

–Es él –dijo Hillary, se puso de pie y se acercó más a la pantalla, aunque no necesitara más pruebas–. Ese es el socio de Barry.

Dos horas más tarde, Troy estaba apoyado en el marco de la puerta del dormitorio de Hillary mientras ella hacía el equipaje.

Tras identificar al hombre del vídeo, se habían puesto en contacto con Salvatore. Troy solo había visto de pasada al socio de Barry Curtis en una regata celebrada en Miami, pero aquella cara encajaba con lo que recordaba. Ahora Salvatore estaba encargándose de llamar a sus contactos. Dado que ya tenían una cara con la que poder utilizar los programas de reconocimiento visual, con suerte no tardarían en dar con un nombre. Una pista real, un rastro que poder seguir. Pronto tendrían al tipo bajo custodia.

Pero, mientras tanto, Troy tendría que asegurarse de que Hillary no sufriese las consecuencias de haber desmantelado una operación multimillonaria de blanqueo de dinero. Debía tenerla vigilada. Y, por suerte para él, gracias a la subasta, separarse no iba a ser algo fácil de conseguir. Aparte del hecho de que todos en el salón de baile les habían visto juntos, los periódicos les habían sacado fotos que ya circulaban por la blogosfera. La gente haría preguntas sobre su fin de semana juntos. Hillary no podía esconderse sin más y él no permitiría que estuviera sola siendo el foco de atención.

Tenía que admitir que pasar tiempo con ella no sería difícil.

Gracias a unos zapatos de tacón de aguja, sus piernas parecían aún más largas. La camiseta negra y el cinturón ancho que llevaba centraron su atención en las curvas que antes habían estado pegadas a su cuerpo. Curvas que estaba decidido a explorar en profundidad en un futuro no muy lejano.

En ese momento Hillary lo miró por encima del hombro.

–¿Qué sucede, Troy? ¿No estás contento? Hemos ayudado a identificar al tipo –dijo mientras cerraba la maleta–. Ya no podrá estafar a la gente. Hoy has hecho justicia.

–Aún no está bajo custodia, y es listo –Troy se apartó del marco de la puerta e interpretó la pregunta como una invitación para entrar en el dormitorio–. Si se da cuenta de que has sido tú la que le ha identificado... No, todavía no quiero celebrar nada.

–Estaré bien –le aseguró ella.

–Eres demasiado ingenua. Vas a tomarte algo de tiempo libre y vendrás conmigo. Conozco un lugar discreto donde podrás relajarte hasta que esto pase.

–Puede que esa actitud de macho te funcione con algunas mujeres, pero no conmigo. Me voy a casa. La única razón por la que he venido a Chicago era para identificar a ese tipo y poder regresar al trabajo que me gusta.

–No puedes regresar a Washington –le dijo él mientras se sentaba en el sillón que había junto a la ventana–. Todavía no. Has de pasar desapercibida hasta que las autoridades le atrapen.

–No sabemos cuándo ocurrirá eso –Hillary dejó la maleta en el suelo y se sentó en ella–. No puedo esconderme indefinidamente.

–El coronel me ha asegurado que será una semana, dos como mucho. Tómate unos días de permiso. Di que tu madre está enferma.

–¿Mi madre enferma? –preguntó ella cruzando los pies a la altura de los tobillos–. ¿De verdad? Se te ocurren mentiras con facilidad.

–Di lo que te dé la gana –contestó él acariciándole la punta del zapato con el pie–, pero deja que te ayude.

–No, gracias. Puedo tomarme unas vacaciones sin ti.

Él siguió deslizando el pie por su tobillo.

–¿Puedes ignorar esto?

–No es más que una reacción física.

–¿Y eso es malo?

–Puede serlo –respondió ella apartando el pie.

–Entonces, ven a pasar una semana conmigo. Equivócate por ser cautelosa. Te prometo que haré todo lo necesario por ti.

–¡Argg! –exclamó ella–. ¿No puedes hablarme con normalidad? Deja esa actitud encantadora y habla sin más.

–¿Me consideras encantador? –preguntó él con una sonrisa.

Hillary se puso en pie y agarró la maleta.

–Olvídalo…

Él le cortó el paso.

–Lo siento. Es solo que no quiero que te vayas. ¿Qué diablos quieres de mí?

–Sinceridad. ¿Por qué insistes tanto cuando esto ya está zanjado? Ya hemos terminado nuestro trabajo aquí y no soy una niña indefensa.

–Hillary, maldita sea… Me confundes. Estoy preocupado por ti y, sí, quiero hacerte el amor en la playa en todos los continentes. Pero también deseo pasar tiempo contigo.

–¿Sinceramente?

–Es lo más sincero que puedo ser. Pasa una semana conmigo. Estarás a salvo. Sácame de tu cabeza para que puedas regresar a tu vida sin arrepentirte de nada.

–¿Qué te hace pensar que estás en mi cabeza?

–¿En serio? ¿Vas a mirarme a los ojos y a decirme que no sientes la atracción también? Y, antes de que respondas, recuerda que estaba allí cuando nos besamos.

–De acuerdo, admito que hay… química.

–Una química explosiva, pero es evidente que ninguno de los dos está preparado para algo a largo plazo. Así que dejemos que, lo que sea que hay entre nosotros, se desarrolle con normalidad antes de que regresemos a nuestras vidas.

–No puedo, Troy. Lo siento. Vuelvo a Washington, a mi vida normal y maravillosamente aburrida.

Asombrado, Troy la vio salir de la habitación con la maleta. Iba a marcharse de verdad, optaba por su trabajo cotidiano en Washington en vez de lanzarse a la aventura de dejarse llevar.

No sabía por qué era tan importante para él seguirla. La atracción. La necesidad de que estuviera a salvo. El desafío de que hubiera dicho que no. Tal vez fueran esas tres razones.

En cualquier caso, Hillary le había subestimado si creía que habían terminado. Si no quería ir con él, entonces tendría que ir él con ella y ayudarla a esconderse en la capital del país.

Lo había logrado. Le había dado la espalda a Troy Donavan.

Eso la convertía en la mujer más fuerte del mundo… o en la más asustada. Porque la idea de pasar una semana con Troy era la oferta más terrorífica y tentadora que había recibido jamás. Darle la espalda no había sido fácil, y seguía sin saber si había tomado la decisión adecuada.

La maleta se le quedó atascada en la puerta giratoria.

Tiró y tiró hasta que la puerta finalmente cedió y liberó el equipaje. Salió del hotel y buscó un taxi con la mirada. Ya se preocuparía más tarde del gasto extra de tener que adelantar el billete de vuelta.

Por supuesto, estaba lloviendo, lo que convertía aquella mañana gris en más deprimente todavía. Cuatro viandantes agresivos le robaron taxis delante de sus narices. Agotada, frustrada y al borde del llanto, volvió a sentarse en la maleta.

–¿Necesitas que te lleve?

Hillary estuvo a punto de caerse de la maleta.

–¿Coronel Salvatore? Estoy intentando tomar un taxi al aeropuerto.

–Entonces deja que te lleve. Te lo debo, y además me encargaré de cambiar tus billetes.

Resistirse sería absurdo, y realmente necesitaba marcharse antes de volver corriendo a la suite de Troy, cosa que ni siquiera podía hacer porque no tenía la llave del ático.

–Gracias. Acepto encantada.

Un chófer ya estaba abriendo las puertas de un vehículo negro con las lunas tintadas. Hillary entró y se preparó para el viaje más incómodo de su vida. El coronel Salvatore no habló durante todo el trayecto al aeropuerto. Simplemente escribía en su tableta. Tras cinco minutos de silencio, ella centró la atención en las vistas de la ciudad cubierta por la lluvia. ¿Quién sabía si regresaría algún día?

Cuando llegaron al aeropuerto, el coche no se detuvo en la terminal.

–¿Coronel?

El coronel levantó una mano, concentrado como estaba en lo que estaba escribiendo.

–Señor –insistió ella a medida que el sonido de los motores del avión se hacía más fuerte–, ¿dónde vamos?

–Vamos a tomar un vuelo privado.

–Ya he hecho lo que se me pidió. Es hora de volver a casa.

–Troy te seguirá porque está convencido de que necesitas vigilancia hasta que hayamos solucionado este asunto.

–Él puede ir donde quiera.

–O podrías ir tú con él a otro lugar... diferente.

De pronto lo comprendió todo.

–Está a bordo de uno de esos aviones, ¿verdad? ¿Es su avión personal o espera dentro del suyo?

–Eres rápida. Bien. Troy necesita a alguien despierto con él –el coronel señaló hacia la fila de aviones plateados–. El mío es el siguiente. Y, sí, el más cercano es el de Troy.

–¿Y espera que me suba con él sin más? ¿No tengo que facturar ni nada?

–Ya lo he hablado todo con el piloto. Llevas el equipaje contigo –sonrió por primera vez–. Admítelo, estás tentada de pasar tiempo con él. ¿Por qué no irte con él una semana?

–Está usted muy seguro de sí mismo.

–Solo minimizo los riesgos.

–Tiene una respuesta para todo.

–Estudio a la gente y tomo decisiones meditadas en base a cómo creo que reaccionarán –respondió el coronel recolocándose su sempiterna corbata roja.

–Y me está llamando predecible –¿cómo era posible, si ni siquiera ella sabía lo que iba a hacer?

–Solo cuento con que hagas lo mejor para Troy.

–¿Lo mejor para Troy? ¿De qué está hablando?

–Creí que eras más lista.

Hillary se quedó mirándolo fijamente. Estaba al borde de la paciencia tras el torrente emocional de la noche anterior.

–Por favor, vaya al grano o me marcho.

–Estoy de acuerdo con Troy en que la vida sería más fácil para todos nosotros si os fuerais de vacaciones a un lugar aislado. Washington es un lugar demasiado evidente para estar cuando hay un individuo rico y poderoso que tiene razones para estar enfadado con Troy y contigo. Y, si Troy te sigue hasta tu casa, cualquiera que esté molesto con él podrá encontrarlo con facilidad. ¿Tengo que seguir explicándote todas las posibles consecuencias desagradables?

Hillary sintió un escalofrío. Había estado preocupada por su futuro, pero nunca había pensado que los criminales pudieran recurrir a la fuerza.

–No está jugando limpio. ¿Y qué pensaba hacer conmigo cuando identificara al tipo? ¿Planeaba mantenerme a salvo?

–Esperaba tener al tipo bajo custodia para entonces y, cuando se escapó, di por hecho que tú te marcharías con Troy, teniendo en cuenta que os vi juntos.

¿Tan evidente era la atracción para los demás?

–Bueno, pues se ha equivocado. ¿Y ahora me está diciendo que soy responsable de la seguridad de Troy? Ese es su trabajo, ¿no?

–Yo estoy haciendo mi trabajo ahora mismo. Estoy diciendo lo que hay que hacer, por el bien de los dos. Súbete a ese avión. Al dejarle creer que te está protegiendo, estarás protegiéndole a él.

Hillary vaciló.

–Por favor, Hillary, sé la primera persona en la vida de Troy que anteponga sus intereses a los propios.

Sus palabras la dejaron sin aliento.

Fuera o no fuera verdad, el coronel había encontrado un método de coacción mucho más efectivo que la fuerza. Por alguna razón, ella sentía una conexión con Troy, un hombre al que solo conocía desde hacía un día. Influía sobre sus emociones de un modo que no podía explicar.

Fuera por la razón que fuera, Hillary iba a subir a bordo de ese avión.

Troy se puso el sombrero al salir de la limusina frente a su avión, justo cuando el coronel se subía al suyo.

Sacó su maletín y caminó bajo la lluvia hacia las escalerillas. Cuando estuviera dentro, tendría que hablar con el piloto para cambiar su destino y dirigirse a Washington.

Al entrar por la puerta se detuvo en seco.

Hillary. Allí. En su jet privado.

Estaba sentada en el escritorio, con el iPad abierto frente a ella. El sol de primera hora de la mañana entraba por la ventanilla y realzaba su rostro con un brillo ambarino.

Hillary giró la silla para mirarlo.

–Supongo que eso era una invitación abierta a venir contigo, pero no te regodees.

Troy dejó el maletín en el sofá de cuero blanco y se quitó el sombrero.

–Bueno, no querría hacer nada que me hiciese parecer poco atractivo ante ti.

–Bien. Entonces pensamos igual –Hillary devolvió la atención a su iPad y comenzó a escribir.

–¿Va todo bien?

–Estoy enviando unos correos para poder tomarme unas vacaciones en el trabajo por motivos personales. Para que nos entendamos –dijo ella tras cerrar el iPad–, estoy aquí por la seguridad. No por sexo.

–Lo has dejado muy claro.

–Bien. ¿Adónde vamos a ir?

–A Montecarlo.

–¿Montecarlo? ¿Y qué pasa con los pasaportes?

–Ya está solucionado. Por si lo has olvidado, la primera vez que la CIA te interrogó, te pidieron que entregaras el pasaporte para que no pudieras salir del país. Ahora que se ha aclarado todo, te lo devolverán. Haremos una breve parada en Washington; tu pasaporte está esperándote allí.

–¿Y la ropa para estar fuera tanto tiempo?

–También me he encargado de eso.

–¿Tan seguro estabas de que vendría contigo?

Troy no contestó, agarró el sombrero y se lo puso a ella en la cabeza.

–¿Por qué Montecarlo?

–¿Por qué no? –le tiró de la mano para que se sentara en el sofá junto a él.

–¿Vives así tu vida? ¿Con un constante «por qué no»?

–A mí me funciona –en aquel momento solo podía imaginarse el día en que pudiera verla llevando su sombrero y nada más.

–¿Por qué Montecarlo? –insistió Hillary.

Porque tenía refuerzos allí y necesitaba ayuda de alguien en quien pudiera confiar. A veces la hermandad se ayudaba sin que Salvatore estuviera de por medio. Aquella podía ser una de esas veces.

De todos sus amigos de la academia militar, Conrad Hughes, la primera persona a la que había conocido, no le juzgaría.

–Estoy en contacto con un amigo que puede ayudar a cubrir nuestro rastro. ¿Has estado alguna vez en Montecarlo?

Hillary se quitó el sombrero y lo dejó caer sobre su regazo.

–Una vez estuve en Atlantic City.

–¿Te gustó?

–Sí.

–Entonces prepárate para disfrutar de algo mejor que cualquier cosa que pudiera dejarte el ratoncito Pérez bajo la almohada –volvió a ponerse el sombrero sobre los ojos y se estiró para dormir.

Capítulo 6

Montecarlo era todo lo que se había imaginado… y más.

Habían aparcado en un aeródromo privado cerca de los puertos de Mónaco, donde les esperaba una limusina. El vehículo les había conducido hasta un casino que daba a una cala rocosa y a un puerto deportivo.

Troy entró sin detenerse en el mostrador para registrarse. Ella no se molestó en hacer preguntas. Ya se había dado cuenta de que las reglas no parecían ir con él.

–Vamos a probar suerte una vez antes de subir –dijo Troy mientras se quitaba el sombrero–. Tú eliges. ¿Cartas? ¿Ruleta? ¿Tragaperras?

–No voy vestida para jugar a las cartas o a la ruleta –contestó ella.

–Te dejarán entrar en cualquier lugar que yo diga.

–Me parecen bien las tragaperras.

–De acuerdo –la guio hacia una fila de máquinas con taburetes de cuero delante.

Una mujer de uniforme se acercó a ellos y sonrió a Troy.

–Bonjour, señor Donavan –dijo con un inglés muy acentuado antes de pasarle una bolsita de cuero–. Un regalo de parte de la casa. El señor Hughes le envía saludos.

–Merci, mademoiselle –Troy abrió la bolsita y Hillary vio las fichas, las llaves de las habitaciones y el dinero en efectivo. Él sacó un puñado de fichas para la máquina y se las ofreció.

–Solo una, gracias. Para probar suerte antes de irnos a las habitaciones a refrescarnos.

Hillary agarró una moneda de su mano, la introdujo en la ranura y esperó los resultados. Troy se situó tras ella y se inclinó ligeramente hacia delante.

La máquina se detuvo sin obtener ningún premio, pero a ella ni siquiera le importó. Estaba allí y sentía como si hubiese ganado el premio gordo.

Le sonrió por encima del hombro, lo que hizo que sus bocas se acercaran mucho. Vio sus pupilas dilatadas y hasta el más mínimo detalle de la cicatriz que tenía en la ceja. Se le aceleró la respiración, pero no pudo controlar aquella reacción traidora que delató lo mucho que deseaba que volviera a besarla. Se quedó quieta, esperando a que él se moviera…

Pero Troy simplemente sonrió, dio un paso atrás y le ofreció una mano para bajarse del taburete.

–Cuando estés lista –le dijo.

–Gracias –contestó ella dándole la mano.

Sentía su mano caliente mientras la guiaba hacia el ascensor, que estaba hecho en su mayor parte de cristal para que los pasajeros pudieran ver el casino mientras subían. El estómago le dio un vuelco cuando el ascensor empezó a subir, por aquel deseo que sentía hacia Troy. Ahora no tenían a Salvatore ni a ninguna otra persona que pudiera actuar de carabina.

¿Qué deseaba de él mientras esperaban a que el coronel les dijese que ya estaba todo solucionado?

La respuesta era evidente. Deseaba saber más cosas de él. Y deseaba acostarse con él. Tenía que lograr descifrar su encanto para averiguar qué parte de él era real, y después poder alejarse sin arrepentirse de nada cuando regresara a casa.

Las puertas del ascensor se abrieron y se dirigieron a una suite de hotel.

Se quedó contemplando el puerto deportivo desde el balcón de la habitación mientras el botones metía su equipaje y después se marchaba discretamente.

–¿Te apetece algo de beber antes de bajar a cenar? –le preguntó Troy.

–No dormí nada anoche y, aunque puede que tú hayas dormido en el avión, yo no. Solo quiero llamar al servicio de habitaciones y dormir toda la noche. ¿No podemos ver Montecarlo mañana, cuando esté lo suficientemente despierta para disfrutarlo?

–Desde luego –Troy dejó el sombrero en el sofá antes de acercarse a la barra–. ¿Qué te apetece beber?

–Agua con gas –respondió ella de forma automática–. Gracias.

–No es la primera vez que rechazas el alcohol –dijo él mientras le servía el agua en un vaso con hielo.

–Ya te lo dije –contestó Hillary al aceptar el vaso–. Nunca bebo.

–¿Me conoces ya lo suficiente como para poder contarme esa historia? –preguntó Troy mientras se servía un agua con gas también.

–Mi madre era una alcohólica que tocó fondo muchísimas veces. Aprendí mucho sobre guardar las apariencias. Me ha servido de mucho para mi profesión actual.

Pero no quería hablar de ella y de sus viejas heridas. El objetivo de aquel viaje a Montecarlo era conocerlo un poco mejor.

–¿Y qué me dices de ti?

–¿A qué te refieres?

–Tu infancia. Háblame de ella.

–Tenía unos padres muy interesados en las apariencias, lo que significa que nunca tuve que aprender a portarme bien. Siempre estaban preparados para tapar cualquier error que pudiéramos cometer mi hermano mayor y yo.

–¿Tienes un hermano?

–Está en la cárcel –regresó a la barra y alcanzó una botella de whisky–. Si los demás presos supieran los contactos que tiene, el acceso al dinero…

Hillary le vio servir el alcohol en un vaso.

–¿Por qué está en prisión?

–Por tráfico de drogas.

–¿Y tus padres lo ocultaron?

–Periódicamente le llevaban a rehabilitación, antes de marcharse a Europa, o China, o Australia. Él volvía a salir en cuanto abandonaban Estados Unidos –respondió antes de beberse un dedo de whisky.

–Y tú les culpas.

–Le culpo a él –dijo Troy mientras dejaba el vaso junto a la botella abierta–. Tomó sus propias decisiones igual que yo tomé las mías.

–Pero el tráfico de drogas… La adicción a las drogas… –Hillary había visto lo destructiva que podía ser la adicción para los miembros de la familia.

–Sí, era un adicto. Se desintoxicó en prisión. ¿Soy malo por querer que se quede ahí? Temo que, si sale...

Hillary le agarró el brazo y notó el picor de las lágrimas en los ojos.

–Probablemente tú y yo no debamos tener hijos juntos. Nuestros genes pueden ser problemáticos –dijo él con una sonrisa–. Cierto, nuestros hijos serían brillantes y guapos –dio un paso atrás. Obviamente usó el humor para poner distancia entre ellos a modo de defensa frente a una conversación demasiado profunda– pero abusarían de sustancias...

–Troy –le interrumpió ella dejando su vaso lentamente. A aquel tipo se le daba muy bien desviar conversaciones, pero ella ya conocía sus tácticas–. No va a funcionar.

–¿A qué te refieres?

–Intentar espantarme diciendo cosas alarmantes.

Troy entornó los párpados y dio un paso hacia ella.

–¿Significa eso que quieres que intentemos hacer un bebé?

Hillary le rodeó la cara con las manos.

–Eres de lo más escandaloso.

–Y tú eres escandalosamente atractiva –contestó él presionando las caderas contra las suyas–. Así que vamos a tener mucho sexo con protección.

Ella le deslizó el pulgar por los labios, aunque aquel gesto le salió muy caro. Su cuerpo comenzó a arder.

–La abstinencia es la mejor manera de protegerse.

–Aguafiestas –le dio un mordisquito en el pulgar antes de apartarse–. Iré abajo y te dejaré descansar. Pide lo que quieras al servicio de habitaciones. Todo lo que necesites se encuentra en esta habitación. Date un baño de burbujas. Yo disfrutaré mucho imaginándote.

Agarró la botella de Chivas mientras salía de la suite.

Genial. Ella había ganado. Y jamás en toda su vida se había sentido tan despierta.

Troy no iba a dormir nada esa noche, no cuando tenía a Hillary durmiendo tan cerca.

Sin duda pensaba hacer el amor con ella. Pero no esa noche. Tenía asuntos de los que ocuparse para asegurarse de cubrir bien su rastro y que ella estuviese a salvo. Después podría dedicarse a seducirla sin preocupaciones.

Primero tenía que encontrar a Conrad Hughes.

Por suerte, la bolsita de cuero incluía una llave de la suite privada de Conrad.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, Conrad estaba allí, esperando. Le había visto llegar. Allí no ocurría nada sin que el dueño lo supiera.

–Hola, hermano –Conrad le hizo gestos para que entrara con una copa de brandy en la mano–. Bienvenido a mi pequeña porción de cielo.

Conrad Hughes, su primer amigo en la academia militar, le condujo al interior del refugio.

–He traído bebida –dijo Troy levantando una botella de Chivas.

–Pero no has traído a tu amiga. Es una pena no poder conocerla.

–Está cambiándose –imaginársela en el spa era mucho más embriagador que la botella que llevaba en la mano–. Me pareció que esta sería una buena oportunidad para hablar contigo a solas. Ponernos al día y eso.

Tenían una larga historia en común; eran dos de los tres miembros fundadores de la hermandad Alfa.

Conrad había estado a un paso de la cárcel juvenil al conocerse en la academia. ¿Su crimen? Manipular el mercado de valores, hundir negocios con inyecciones estratégicas de dinero en empresas de la competencia, manipular las subidas y bajadas de los precios de las acciones. Habría sido acribillado por la prensa y por los tribunales, pero alguien se dio cuenta de que todas las empresas damnificadas habían sido declaradas culpables de utilizar a niños en sus fábricas clandestinas en el extranjero.

Cuando la prensa se hizo eco de aquella parte del caso, fue elogiado como un caballero blanco. El juez le ofreció un trato similar al suyo. Gracias al aprendizaje junto al coronel, habían logrado canalizar sus creencias sobre el bien y el mal. Ahora tenían la oportunidad de arreglar las cosas dentro de los parámetros de la ley.

Troy confiaba en él sin dudar. Y aquella era una de esas veces en las que tendría que pedirle ayuda.

Se sentó en un sillón de cuero frente a Conrad.

–Necesito esconder a Hillary una semana más o menos, pero no quiero que nadie nos busque.

–¿Está relacionado con Salvatore o simplemente quieres pasar tiempo con una amiga?

–Empezó siendo lo primero, pero se ha convertido en ambas cosas.

–Bien, puedo encargarme de ello.

Encendió la pantalla de televisión y apareció un vídeo de Hillary y de él en las máquinas tragaperras.

–Supongo que este fragmento era una muestra pública para los cotillas y la prensa, de lo contrario habrías usado mi entrada privada.

–Claro que sí –Conrad y él tenían accesos secretos para cada una de sus residencias en todo el mundo. Sí, había querido que la gente le viese con Hillary, y debería haberse dado cuenta de que Conrad ya habría intuido cuál era su plan–. Enhorabuena a tu equipo de seguridad por sacar mi lado bueno.

–Mis empleados solo buscan complacer –apagó la pantalla–. Haré un bucle con algunas imágenes tuyas, jugaré con la tecnología para que parezca que llevas ropa distinta en días diversos. Mi secretaria le suministrará algunas fotos a las páginas de sociedad. El mundo pensará que estás aquí divirtiéndote como un playboy despreocupado con su última conquista.

–Gracias. Aprecio tu ayuda.

–Tu viaje hasta aquí en avión reforzará la historia. Ayudaría si me proporcionases algunas fotos de los diferentes aeropuertos.

–Hecho –y en tan poco tiempo zanjaron los asuntos profesionales, lo que les dejaba únicamente los asuntos personales–. ¿Cómo estás, hermano?

–Estoy bien.

–Tienes mal aspecto. ¿Has dormido últimamente? ¿Has comido?

–¿Desde cuándo eres la policía?

–Tienes razón –Troy levantó su copa para brindar–. Solo quería saber cómo estabas después de tu ruptura con Jayne.

Incluso oír el nombre de la mujer le hizo blasfemar.

La ruptura había sorprendido a todos los que les conocían, y hasta el momento ninguno de los dos había dado detalles. Habían estado locamente enamorados, pero un viajero incansable no encajaba con una mujer tranquila. Y probablemente las llamadas del coronel Salvatore en mitad de la noche tampoco hubiesen ayudado mucho.

–Jayne aceptó un trabajo en Estados Unidos –dijo Conrad. Mi altruista esposa está cuidando de un viejo moribundo, a pesar de tener millones en su cuenta bancaria. Dinero que no quiere tocar. Hasta ese punto me odia. Pero, oye, no dejes que mi matrimonio catastrófico te disuada de tener relaciones. No todas acaban haciéndote pedazos el corazón.

Lanzó la copa a la chimenea y el cristal se hizo pedazos. Después agarró la botella.

–Tienes que dejar el alcohol. Te vuelve un llorón.

–Y malo. Sí, lo sé –dejó de nuevo la botella–. Juguemos a las cartas.

–Creo que esta noche no. Prefiero no pasar por esa humillación –y, francamente, estaba deseando volver con Hillary. Pero no podía marcharse hasta asegurarse de que su amigo estuviese bien.

–Qué aburrido eres, después del enorme favor que te he hecho.

–Oye, podríamos jugar a Alpha Realms IV.

–¿Para que puedas humillarme tú a mí? No, gracias –volvió a encender la televisión–. Podríamos ver…

De pronto se oyó un ruido en la puerta y ambos se pusieron en pie. Hillary estaba en el umbral con la bolsita de cuero en una mano y una llave maestra en la otra.

–¿Alpha Realms IV? ¿En serio? ¿Cuántos años tenéis? ¿Diez?

Conrad dejó lentamente la botella de whisky y sus ojos adquirieron un brillo calculador que hizo que el instinto de Troy se pusiera alerta. «Es mía», pensó.

–Oh, así que esta es Hillary Wright en carne y hueso. ¿O debería llamarte el talón de Aquiles de Troy?

Tras darse un baño y comer algo, Hillary se había sentido renovada. Se había puesto un vestido de seda amarillo y había ido en busca de Troy. El guardia de fuera le había dicho que la bolsita de cuero era la vía de acceso a cualquier cosa que necesitara en el casino.

–Soy Conrad Hughes –dijo el Adonis de pelo oscuro mientras le ofrecía una mano temblorosa–. El mejor amigo del señor Alpha Realms.

Troy le pasó el brazo por encima de los hombros.

–Y es un mentiroso perpetuo, así que no tengas en cuenta nada de lo que diga.

Conrad simplemente se rio.

–Somos hombres, pero en algunos aspectos tenemos diez años.

–Entonces os dejaré solos. Siento haberos interrumpido.

Troy la agarró del codo.

–Espera. Ya he terminado aquí –miró por encima del hombro–. ¿Verdad, tío?

Conrad asintió y dijo:

–Estoy bien. Idos, divertíos. Lo mío es vuestro. Encantado de conocerte, Hillary.

Hillary estaba de vuelta en el ascensor antes de darse cuenta.

–Creo que tu amigo Conrad y tú deberíais dormir la mona en vez de jugar a videojuegos.

–No estoy borracho. Solo he bebido la copa que me he tomado en la habitación y otra cuando he bajado aquí –le acarició la frente con los labios–. Puedes olerme el aliento.

–Creo que no te comprendo.

–Hillary, lo último que haría sería presentarme borracho en nuestra habitación. Tienes problemas con ese asunto. Si apareciera borracho, tendría menos posibilidades de triunfar.

–¿De verdad acabas de decir eso? –preguntó ella riéndose mientras salían del ascensor.

Miró por encima del hombro y vio que Troy estaba mirándola con admiración.

–Así es. Y tú estás un poco excitada –se acercó a ella y le pasó un dedo por la espalda–. Admítelo.

Por supuesto. Estaba ardiendo solo por una simple caricia en la espalda.

–Estoy un poco exasperada –respondió sin apartarle la mano. Era curioso, cada vez se sentía más cómoda notando sus manos. Quizá demasiado cómoda.

–Veamos qué puedo hacer con eso.

Hillary se dio la vuelta con la mano en la cadera.

–En serio, ¿sufres el síndrome de Peter Pan? Sueltas chistes en momentos inoportunos y sigues jugando a videojuegos.

–Diseño software, sí.

Sus pensamientos se detuvieron en seco. Estaba aprendiendo a seleccionar sus palabras, porque Troy era un maestro en esquivar preguntas con los juegos de palabras.

–¿No solo videojuegos?

–¿Acaso he dicho yo eso?

Había algo más.

–¿Por qué tengo la impresión de que estás jugando conmigo?

–Tal vez porque me gustaría jugar contigo, durante toda la noche –respondió él mientras le ponía las manos en los hombros–. Pero tenemos que marcharnos a primera hora de la mañana, deberías dormir.

–Si acabamos de llegar. Creí que íbamos a jugar –¿era eso lo que deseaba? ¿Jugar? Lo único que sabía era que no deseaba despedirse de él todavía.

–No hemos venido aquí a jugar. Hemos venido para apartarte de la vida pública. A primera hora de la mañana nos marcharemos por la entrada privada de Conrad. El mundo pensará que estamos en Montecarlo, por si acaso alguien nos busca.

–¿Y dónde vamos en realidad?

–A mi casa.

–¿No dijiste que vivías en Virginia? ¿Eso no es incompatible con pasar desapercibidos?

–Dije que soy de Virginia. Tengo mi negocio allí, las oficinas. Pero tengo una segunda casa donde puedo escaparme para hacer la parte creativa de mi trabajo.

–¿Y dónde es eso? ¿Quién sabe dónde vamos? Me parece bien lo de esconderme, pero tiene que haber alguien que sepa dónde encontrarnos.

–Chica lista. Me gusta eso de ti –le rodeó la cara con las manos y le acarició la mandíbula con los pulgares–. Imagino que confías en el coronel Salvatore.

–Igual que confío en los demás últimamente. El asunto de la confianza… da miedo.

–Bien. Eso te mantendrá a salvo en la vida. Haremos una parada técnica en las oficinas generales de la INTERPOL en Lyon, Francia, para darle la información personalmente.

–¿De camino adónde?

–A Costa Rica. Pero, antes de llegar allí, tengo una sorpresa –respondió él antes de desaparecer tras la puerta de su dormitorio.

Hillary se había quedado sin palabras con la sorpresa de Troy. Había recordado su deseo de hablar con los chefs de Chicago y había llevado ese sueño al siguiente nivel.

Algunos de los mejores chefs del mundo trabajaban en Lyon.

Troy le había dado un sombrero y unas gafas de sol, al llegar a Lyon, se había cambiado su sombrero por una gorra de béisbol y, en un abrir y cerrar de ojos, se habían convertido en los típicos turistas. Después de cenar temprano, Troy había sugerido que viesen la puesta de sol mientras paseaban por los jardines municipales.

–¿Por qué te colaste en el sistema informático del Departamento de Defensa?

–Ya te lo dije –contestó él acercando la boca a sus labios–. Me aburría.

–No me lo creo.

–Entonces, ¿por qué crees que lo hice?

Hillary se quedó mirándolo unos segundos antes de responder con sinceridad.

–Creo que quieres que diga algo horrible para que puedas enfadarte.

–¿Por qué diablos iba a hacer eso? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Y aun así te estás enfadando de todos modos, lo cual levanta un muro entre nosotros –dijo ella acariciándole la frente con los dedos.

–¿Quieres más? ¿Quieres que no haya muros? ¿Quieres total sinceridad con lo que eso conlleva?

–Solo lo sabrás si respondes. Si no quieres contarme la verdadera razón, dilo, pero la gente cercana a ti querrá saberlo.

–¿Tú eres cercana a mí? –preguntó él rodeándola con los brazos.

Hillary sintió mariposas en el estómago al pensar en lo cerca que quería estar, en lo mucho que deseaba confiar en él.

Troy apartó los brazos y dio un paso atrás.

–De acuerdo, está bien. Todo el mundo dice que tenía una razón altruista para hacer lo que hice, pero, sinceramente, era un chico malcriado que estaba enfadado con sus padres por no... Dios, no lo sé.

–Lo hiciste para llamar su atención.

–No tenía cinco años, tenía quince.

–Pero no eras un adulto.

–Por suerte para mí, o habría acabado en prisión –se metió las manos en los bolsillos mientras hablaba–. Si hubiera hecho lo mismo hoy en día, incluso siendo adolescente, no me habría librado tan fácilmente.

–Así que la hermandad, los tipos de la academia que eran como tú, fueron lo más cercano a una familia.

–Así es.

–¿El dueño del casino es un hermano?

–¿A ti qué te parece?

–¿Qué hizo él?

Troy vaciló unos instantes antes de encogerse de hombros.

–No es ningún secreto. ¿Recuerdas las enorme fluctuación del mercado de valores de hace poco más de diecisiete años?

–¿Estás de broma? –Hillary se quedó con la boca abierta. Por entonces ella tenía solo diez años, pero sus profesores habían utilizado a Conrad para dar una clase sobre gobierno y economía. Los periodistas y economistas seguían refiriéndose a ello de vez en cuando–. ¿Fue él?

Se sentó en uno de los bancos del parque mientras los demás turistas pasaban por delante.

–Accedió a la cuenta de su padre, invirtió dinero y ganó mucho. Así que su padre le dejó seguir invirtiendo –se sentó a su lado en el banco–. Pero, cuando pilló a unos amigos de su padre acosando a su hermana…

–¿Arruinó el negocio?

–Así es. Y, cuando tuvo acceso al sistema, destapó una red de empresas que explotaban a niños en el extranjero. La prensa lo tildó de héroe, pero él nunca se consideró tal cosa, pues su objetivo inicial era la venganza.

–Entonces, aunque lo que hizo estuvo mal, tenía una buena razón para hacerlo, igual que tú.

–No intentes glorificar lo que hicimos. Todos infringimos la ley. Éramos criminales que iban por un camino peligroso, y se habría vuelto más peligroso si no nos hubieran pillado –le agarró un mechón de pelo, se lo acercó a la cara y aspiró–. Había otro tipo, un prodigio de la música, cuyos padres le enviaron a la academia militar en vez de a rehabilitación para dejar las drogas.

Hillary se volvió a él, le deslizó la mano bajo la chaqueta del traje y la colocó en su corazón.

–Debió de resultarte duro ver aquello, por lo de tu hermano.

Troy no respondió, simplemente se quedó mirándola con aquellos ojos verdes, y ella se preguntó si iría a besarla solo para poner fin a la conversación. No se lo impediría.

Pero entonces recordó algo.

–Creo que lo que hiciste tenía algo que ver con tu hermano.

Él apartó la mirada.

–¿Troy? –le agarró la barbilla y le obligó a volver a mirarla–. Troy.

–Mi hermano dejó la universidad, se alistó en el ejército, después le expulsaron y acabó en la cárcel. No estoy defendiendo a Davon. Lo que hizo estuvo mal. Pero en su unidad había otros que traficaban, y dos de ellos se libraron porque sus padres eran generales. Cuando me colé en el sistema, me topé con otros... problemas... y decidí hacer un trabajo más exhaustivo, ya que estaba allí.

–Vaya. Desde luego le diste un vuelco al mundo.

–¿Sabes cuál fue la ironía de todo aquello? Que mi padre usó su influencia para que no fuera a la cárcel –se puso en pie–. Se acabó el tiempo. Tenemos que ir al aeropuerto.

En esa ocasión no le dio la mano. Simplemente la agarró del codo y la condujo hacia la salida de los jardines. Su expresión lo decía todo.

La cita se había acabado. No habría beso en la puerta. Y, sinceramente, con lo vulnerable que se sentía ella en aquel momento, le vendría bien también un poco de distancia emocional.

Capítulo 7

A bordo del avión, Troy estaba satisfecho por cómo había ido su reunión con Salvatore en las oficinas de la INTERPOL. Sus planes se estaban cumpliendo. Hillary estaba a salvo. El mundo creía que estaban pasando una romántica semana en Montecarlo. Nadie salvo Conrad y el coronel sabía su verdadero destino.

Costa Rica.

Llegarían allí al amanecer. Debería sentirse satisfecho, pero aun así se sentía inquieto.

Hillary dormía en el compartimento de al lado.

No quería más conversaciones introspectivas como la que habían tenido en los jardines. Se preguntaba qué pensaría ella de su estilo de vida en Costa Rica. Sabía que pocas personas calificarían su vida de sencilla, pero, entre los viajes y los negocios, prefería que todo fuese... menos pretencioso, menos complicado.

Tal vez aquella época en la academia militar le hubiera marcado más de lo que creía. Allí solo tenía una litera, una taquilla y a sus amigos. Había vivido así incluso después de salir de allí. Había llevado una vida espartana en lo referente a permitir que la gente se le acercara. Hasta ahora.

En aquel momento se sentía como aquel adolescente de quince años cuya vida acababa de dar un vuelco y que no sabía en quién confiar.

Troy se apartó del ordenador y abrió la puerta del compartimento donde Hillary dormía. Ansiaba meterse en la cama con ella, tumbarse rodearla con su cuerpo. Le pasaría un brazo por la cintura y aspiraría el olor de su champú. Se quedaría allí hasta que ella se despertara, se diese la vuelta entre sus brazos y le invitara a dejarse llevar.

Deseaba acostarse con ella desde el principio. Y, mientras lo pensaba, empezaba a darse cuenta de que su determinación por llevar una vida sencilla no funcionaría con ella. Era el tipo de mujer que buscaba más en un hombre. Era capaz de convencerlo para hablar como nadie antes. Tal vez porque no era una admiradora que le idolatraba. A pesar de no estar de acuerdo con sus decisiones, le escuchaba. Quería saberlo todo.

Y eso era inusual y muy tentador.

Mientras contemplaba el movimiento de su pecho al respirar, supo que no podía seguir negándolo. Haría cualquier cosa por acostarse con ella.

Y tendría que poner en práctica todo lo que había aprendido de Salvatore, de Hughes y de Douglas para lograrlo.

***

Su refugio costarricense no era en absoluto como Hillary había imaginado.

Se bajó del Land Rover y se vio envuelta por los sonidos tropicales. Los pájaros y los monos gritaban desde los árboles. Su casa estaba en un acantilado, con una cascada en un lado que daba a una laguna.

Cierto, era un lugar privilegiado, sin duda, pero no ostentoso.

Se trataba de una casa en un árbol. La estructura de madera estaba construida sobre pilares. Construida de forma octogonal, las ventanas proporcionaban una maravillosa vista no solo del agua, sino también de la jungla.

–¿Por el ascensor o por las escaleras? –preguntó Troy cuando terminó de descargar el equipaje.

–Por las escaleras –respondió ella sin dudar–. Quiero ver esto desde todos los ángulos.

Mientras subían por las escaleras de caracol, aspiró el perfume exótico de las planas a su alrededor. Terminó de subir el último escalón y llegó al balcón que rodeaba la vivienda.

Hillary entró en un salón lleno de sofás de mimbre y sillones con cojines tapizados en tonos óxido y verdes. Con las ventanas, era como si el interior y el exterior se fundieran en uno solo.

–Hay múltiples dormitorios –le dijo Troy–. Puedes elegir el que más te guste.

Sonaba una música suave y en el techo giraban los ventiladores.

–¿Toda la casa está conectada o algo así?

–Más o menos. Toda la casa está conectada a Internet y al satélite. Vienen una vez al mes para airear la casa y quitar el polvo. Llenan la despensa antes de que yo llegue. Después se van. Vengo aquí para estar solo.

–Pero me has traído a mí.

–Sí, así es –dijo él desde la chimenea–. Eso debería darte una pista de lo importante que eres para mí.

–¿Esa frase suele funcionarte con las mujeres?

–Tú eliges. O confías en mí o no confías.

Y a eso se reducía todo. A la confianza. Lo que más le costaba dar.

–¿No preferirías que te diera el brazo derecho?

–¿Qué te parece si vamos paso a paso? –preguntó él apartándose de la chimenea.

A cada paso que daba hacia ella, más le aumentaba la temperatura.

–¿Qué quieres decir?

–En vez de zambullirte de golpe, podrías probar cómo está el agua… –le agarró un mechón de pelo y lo deslizó entre sus dedos.

Sentía los nervios a flor de piel, pues, si su cuerpo se encendía solo con que le tocara el pelo, estaba segura de que no podría soportar una caricia de verdad. Y no había nadie allí que pudiera detenerlos.

–¿Qué prefieres? ¿La piscina o la cascada?

***

Hillary se quitó la ropa del viaje y eligió uno de los trajes de baño. Sus maletas estaban al pie de la cama, pero en el armario abierto había filas de estanterías llenas de ropa, toda de su talla.

Hillary se sentó al borde de la cama y marcó el número de su hermana. Dado que solo había una hora de diferencia, tendría que estar despierta.

–¿Hola? –dijo su hermana con incertidumbre, probablemente porque no habría reconocido el número.

–Soy yo, Claudia.

–Hillary, me alegra oír tu voz. ¿Qué tal por Montecarlo? ¿Estás ganando una fortuna? Las fotos son preciosas, por cierto. He estado guardando todo lo que he podido y estoy descargándome los artículos en los que apareces para que puedas verlos cuando llegues a casa.

Contárselo a su hermana solo lograría preocuparla, así que simplemente dijo:

–Gracias. Podrás enseñármelo todo cuando vaya de visita.

Nunca iba a visitarla. Su hermana era maravillosa; su cuñado era un tipo estupendo. A ella le encantaban los niños. El suyo era un ejemplo de cómo una familia saludable podía funcionar. ¿Los habría evitado porque resultaba doloroso ver todo lo que ella no tenía?

–Solo quería saber qué tal estás y decirte que te quiero. Les enviaré a los niños unas camisetas.

–Mejor diviértete con ese pedazo de hombre. Está muy por encima de Barry el bastardo.

–Así es. De hecho me estoy tomando una de esas vacaciones que siempre me dices que necesito. En unos minutos iremos a nadar.

–Buena chica. Te mereces jugar, flirtear. Te quiero, pero tengo que ir a limpiar la habitación de invitados.

–¿Tienes visita?

–Eh... sí. Escucha, tengo que colgar. Los niños se están matando para ver quién se queda con la última bolsa de gominolas. Adiós.

Hillary se quedó con el teléfono pegado a la oreja. Se puso un pareo a juego con el biquini y después se estiró para alcanzar una toalla de playa de la siguiente estantería. La toalla blanca y negra cayó a su alrededor; se trataba de una toalla enorme para tomar el sol. La estiró para volver a doblarla...

¿Qué diablos?

Parpadeó y volvió a mirar. Troy había encargado una toalla con las manchas negras de una vaca.

Con la toalla de vaca pegada al cuerpo, atravesó la puerta decidida a vivir su aventura sin dudar.

Apoyado en la encimera de la cocina, se tomó su tiempo para mirar a Hillary de arriba abajo. Estaba increíblemente atractiva con aquel pareo color turquesa que acariciaba todas las partes de su cuerpo que a él le gustaría acariciar.

Le había dicho a su ayudante que pidiera gran variedad de ropa para cualquier ocasión. Su única instrucción específica había sido que incluyera algunos artículos con dibujos de vaca.

–¿Has encontrado todo lo que necesitabas? –preguntó tras aclararse la garganta.

–Y más –contestó ella levantando la toalla–. Esto es asombroso. Gracias.

–Agradéceselo a mi ayudante. Ella ha hecho todo el trabajo.

Le puso un sombrero de playa en la cabeza antes de alcanzar el suyo de paja. Le pasó un brazo por los hombros y agarró la bolsa con comida y más toallas. Después la guío por la casa hasta salir a la terraza. Ella se quedó con la boca abierta mirando a su alrededor. En la enorme terraza había un jacuzzi y una piscina construida hasta el borde.

–Troy, esto es increíble –Hillary se arrodilló y pasó los dedos por el agua cristalina.

–El diseño de la piscina fue idea de mi socio en la empresa de software. Él puso los fondos para empezar.

–Pero creí que venías de una familia con dinero. La prensa decía que tu padre… –se detuvo en seco, no sabía que tenía un socio.

–Que mi padre me compró una gran empresa.

–¿Cuál es la verdadera historia?

–Un amigo de la escuela me proporcionó el dinero para empezar. Así que no puedo decir que lo hiciera todo yo solo.

–Supongo que tu amigo recuperó el dinero con creces.

–A nuestra empresa le ha ido bien –Troy arrancó una flor azul de un árbol y se la puso a ella detrás de la oreja.

–Has dicho que tu socio diseñó esta casa. ¿Quién es?

–Jonah Landis.

–¿De la familia Landis? Vaya, sí que tienes contactos.

Llegaron a la orilla de la laguna. Él dejó la bolsa en un saliente musgoso, tiró encima el sombrero y se quitó las chanclas. Después se quitó la camiseta y…

Hillary estaba junto a la orilla con un biquini que le dejó sin respiración. Su sonrisa era pura seducción mientras se adentraba en el agua con un bote de champú en la mano.

Su erección era tan evidente bajo el bañador que lo mejor sería sumergirse lo antes posible. Trepó a la roca más cercana y se zambulló.

Nadó hacia ella. Su biquini color turquesa se mezclaba con la tonalidad del agua hasta el punto de que parecía que estaba desnuda. Justo lo que necesitaba su libido. Sí, deseaba seducirla. Pero deseaba tener el control cuando lo hiciera.

Al llegar a ella Hillary extendió las manos sobre su pecho y él le puso la mano en la nuca.

–¿Estás seduciéndome?

–¿Se te puede seducir? –preguntó ella mientras deslizaba los dedos por su piel.

–Totalmente.

Le rodeó la cara con las manos y la besó sin dudar. Ella le devolvió los besos. Lo deseaba todo de él y estaba decidida a poner su mundo del revés como había hecho él.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con toda su alma y su cuerpo. Por fin se permitió a sí misma sentirlo todo, sin guardarse nada para más tarde. No había más tarde. Todo en su interior le gritaba que aprovechase el ahora.

El agua fluía a su alrededor. Resbaló en el suelo de piedra y él la enderezó poniendo las manos en las nalgas. La fuerza de sus manos resultaba excitante. El roce de sus dedos callosos sobre su piel intensificaba el placer de sus caricias. Hillary deslizó el pie por su pantorrilla y después le rodeó la cintura con ambas piernas.

El sol brillaba sobre su cabeza y sus hombros, pero las chispas que veía tenían más que ver con el hombre que con los rayos. Fueron hundiéndose lentamente bajo el agua. Las burbujas bailaban a su alrededor. Sin dejar de besarla, Troy fue moviendo los pies, nadando hacia atrás. Por una vez, ella renunció al control y dejó que su fuerza les guiara por las aguas cristalinas de la laguna.

Salieron a la superficie y ella tomó el aire a bocanadas contra su hombro. Sus cuerpos encajaban, sus piernas se rozaban bajo el agua. Se inclinó hacia él para que sus pieles quedaran pegadas.

Sintió su erección presionando bajo el agua; era una presión agradable que aumentaba su deseo. Troy le colocó la mano entre los omóplatos y ella echó la cabeza hacia atrás para dejar que saborease las curvas de sus pechos. Empezó a estimularla y a atormentarla con la boca por encima del biquini hasta que su cuerpo se convirtió en una llama de placer.

Hillary apartó las manos de sus hombros y se las llevó al cuello para desatarse el biquini. Él sonrió y se apresuró a terminar de desatarlo. El pedazo de tela turquesa se alejó flotando y la superficie del agua hizo que se le endurecieran los pezones.

Troy le puso un brazo en la espalda y le tiró suavemente del pelo hasta que se arqueó hacia él y sacó los pechos del agua. Le estimuló con la boca uno y después el otro, besándoselos y lamiéndolos mientras la desnudaba. Hundió la barbilla en el agua y le agarró un pezón con los dientes. Tiró con suavidad hasta que Hillary se retorció de placer. Todo allí era más brillante, más prístino cuando se observaba a través de las gotas de agua que salían disparadas de la cascada. Se sentía como si fuese parte de una fantasía o de una película.

Deseaba sentirlo en su interior. Ya.

Se aferró a sus hombros y volvió a incorporarse. Apoyó los pies en el suelo y se pegó a él.

–¿Llevas protección? ¿Un preservativo? Porque, si no me equivoco, ambos estamos a punto de perder el control.

–Tengo en casa –murmuró él contra su boca.

–Entonces tenemos que llegar allí. Vamos…

Troy le rozó la mejilla con su barba incipiente para susurrarle al oído.

–O podemos tomarnos nuestro tiempo aquí, disfrutar con precaución.

–¿Qué tenías en mente?

Troy metió la mano bajo el agua y agitó las corrientes entre sus piernas hasta que finalmente la acarició.

–Podría tocarte aquí –ella le agarró la muñeca–. Y, si quieres, tú podrías…

Hillary colocó la mano contra su erección y la deslizó hacia abajo, después hacia arriba.

–¿Te refieres a eso?

–Oh… –Troy echó la cabeza hacia atrás y tragó saliva–. Sí, justo así.

Con una mano le desató la braga del biquini y la prenda salió flotando. Ella estiró el brazo para alcanzarla, pero él le agarró la mano.

–Te conseguiré otro como ese si quieres, pero ahora tengo otras ideas en mente.

Deslizó los dedos entre sus piernas y encontró los lugares adecuados. Hillary sintió que el placer aumentaba dentro de ella. El agua la envolvía y la sujetaba; menos mal, pues sentía que sus piernas empezaban a convertirse en gelatina.

Tiró de la cinturilla del bañador de Troy y sus manos se mostraron más torpes de lo que le hubiera gustado, pero él le hacía perder el equilibrio. Deslizó dos dedos en su interior y los dobló lo suficiente para provocarle sacudidas de placer.

Desechó la idea de quitarle el bañador y, en su lugar, metió la mano por dentro y agarró su miembro erecto. Lo exploró con las manos, acariciándolo hasta hacerle gemir en su oído. Lo agarró con más firmeza y empezó a estimularle y a atormentarle como él la atormentaba a ella. Fue conduciéndola al abismo, al borde del éxtasis, pero en el último momento apartó las manos deliberadamente y susurró contra su piel lo mucho que la deseaba. Lo mucho que deseaba hacerle alcanzar el orgasmo, hasta que ella gritó y le clavó los dientes en el hombro, cegada por el deseo.

Troy le pasó un brazo bajo las nalgas, la levantó y la condujo hacia la orilla. Y ella pensó que por fin iban a volver a la casa para hacer el amor en su cama. O en el sofá.

Incluso una mesa robusta le habría bastado en aquel momento.

La besó e invadió su boca con la lengua hasta que ella cerró los ojos y se dejó llevar. Paso a paso Troy fue acercándose a la orilla, hasta que el agua les llegaba por la cintura. Le puso las manos en la cintura y la levantó. Ella abrió los ojos, desorientada y confusa.

El agua resbaló por su piel cuando Troy la sentó en un saliente rocoso cubierto de musgo. Presionó ligeramente hacia atrás hasta que ella quedó tumbada sobre la roca, con las piernas sobre sus hombros mientras él permanecía en el agua. Su propósito quedó claro un segundo antes de que le colocase la boca en el clítoris.

Hillary abrió los brazos y clavó las uñas en la alfombra de musgo. Sintió su lengua acariciándola en círculos con una ligera presión. Él deslizó las manos por sus caderas hasta llegar a sus pechos y empezar a estimulárselos también. Ella se retorcía a medida que se acercaba al clímax, deseaba terminar y, al mismo tiempo, quería que aquel placer se prolongase para siempre. Cada latido de su corazón acentuaba el placer palpitante que iba haciéndose más y más fuerte, hasta que ya no pudo aguantar más.

Gimió al alcanzar al orgasmo. El aislamiento le proporcionaba total libertad para disfrutar de cada espasmo de felicidad. Clavó los dedos más aún en el musgo y arqueó la espalda hacia arriba mientras Troy extraía de su cuerpo hasta la última sensación. Quedó tendida en la roca, como si sus huesos se hubieran derretido.

Una brisa suave le acarició la piel desnuda y fue devolviéndola a la realidad poco a poco. Troy la levantó de la roca y volvió a meterla en el agua.

–Mmm... –murmuró ella, disfrutando de aquel momento perfecto, aunque tenía una pregunta que hacer–. ¿Y qué pasa contigo?

–Ya llegaremos a eso –respondió él. Le pasó un brazo bajo las piernas, la acunó contra su pecho y se dirigió hacia la orilla–. No me preocupa.

–¿Dónde vamos?

–De vuelta a casa antes de que te quemes con el sol y no puedas disfrutar el resto de lo que he planeado.

Troy llevó a Hillary escaleras arriba hasta la zona de la piscina. A cada escalón rezaba para tener el autocontrol suficiente y poder esperar hasta llegar a la casa. Sentir su cuerpo desnudo contra él estaba volviéndole loco, y solo deseaba tumbarla allí mismo y penetrarla.

Pero necesitaba protección. Tenía que recordar que debía mantenerla a salvo en todos los aspectos. Había guardado preservativos en todos los rincones de la casa, y también en el jardín, pero no se le había ocurrido llevarlos en la bolsa del picnic.

Finalmente llegó a la piscina de la terraza y dejó a Hillary sobre una tumbona doble situada bajo una pérgola.

–Por favor, dime que tienes preservativos aquí –dijo ella acariciándole la cara.

–Sí –en la mesita junto a la tumbona.

Mientras Troy se estiraba para alcanzarla, ella le deslizó el pie arriba y abajo por la pantorrilla, lo que le hizo sentir el calor de su cuerpo sobre su erección, que luchaba por salirse del bañador.

–Estabas muy seguro de tu plan, Troy.

–Seguro de lo calientes que nos ponemos en cuanto entras en la habitación, o en mis pensamientos.

–Eso es muy romántico.

–Lo estoy intentando. Y, con respecto a estar seguro de lo de hoy, no exactamente. Nunca estoy seguro de nada cuando estoy contigo. Me sorprendes constantemente.

–¿Te he sorprendido? –preguntó ella tirándole suavemente del pelo–. Qué bien. Porque tú has estado sorprendiéndome a mí desde que te sentaste a mi lado en el avión.

–¿Alguna objeción? –preguntó Troy mientras deslizaba una mano entre los dos y le pellizcaba un pezón con el pulgar y el índice.

–Solo que hablas mucho y yo tengo planes mejores para tu boca ahora mismo. Como, por ejemplo, usar esos dientes para abrir el envoltorio del preservativo.

Troy presionó el muslo entre sus piernas hasta que ella gimió.

–Me gustan las mujeres que saben lo que desean.

–En ese caso, por esta vez, deseo tener el control.

A él le gustaban los juegos de poder, sobre todo porque, en aquella situación, ambos iban a ser ganadores.

–Soy todo tuyo.

–Bueno, podemos empezar por quitarte ese bañador –tiró de la cinturilla y juntos lanzaron la prenda a la piscina.

Llevó las manos y la mirada hacia sus caderas y después agarró su erección con los dedos. Troy le pasó uno de los preservativos y ella se lo puso con una precisión desesperante que amenazó con hacerle llegar al orgasmo allí mismo. Pero Hillary había especificado que quería tener el control.

Giró agarrado a ella hasta tumbarse boca arriba, con ella encima. Hillary se sentó a horcajadas sobre él y fue bajando centímetro a centímetro, dilatándose, aceptándolo en su cuerpo. Él la guio con las manos sobre sus caderas, penetrándola una y otra vez hasta que encontraron el ritmo. Sus gemidos de placer le excitaron más aún y le dieron ganas de provocarle otro orgasmo. Le acarició los pechos y ella le recompensó con un grito de placer. No podía apartar la mirada de ella. No podía dejar de contemplar el pelo que le caía por los hombros mientras le cabalgaba. Ni el modo en que sus pechos se movían en sus manos.

Y el placer de su cara.

Con cada embestida, la reclamaba. O tal vez fuera ella la que le reclamaba a él. En ese momento lo único que le importaba era que la tenía. Y la tendría durante toda la semana. La idea de perderla le desgarró por dentro y le hizo hundir los dedos en sus caderas para moverla con más rapidez, atento en todo momento a las señales que indicaran que estaba a punto de alcanzar el clímax.

Se le sonrojó el pecho. El pulso del cuello se le aceleró. Echó la cabeza hacia atrás y… La embistió una última vez y llegó al orgasmo. La penetró de nuevo y ella volvió a gemir. La rodeó con los brazos y la sostuvo allí mientras se derretía contra su torso. Le besó la frente y saboreó la sal de sus gotas de sudor. Sus cuerpos sudorosos se fundieron y Troy supo que estaba en un lío.

Los últimos diecisiete años se había dicho a sí mismo que no quería familia. Solo tenía un grupo de hermanos igualmente cínicos y cansados del mundo. Pero aquel día deseaba algo más.

***

Tres días más tarde, Hillary se recostó sobre Troy en el jacuzzi con hojas de menta que perfumaban el aire nocturno. Había tenido más sexo que en toda su vida.

–Gracias por la toalla de vaca –le dijo.

–Ya me has dado las gracias –respondió él.

–Y por las zapatillas de vaca.

–No quiero que tengas los pies fríos por la noche –explicó Troy mientras deslizaba las manos bajo sus pechos y le masajeaba las costillas y el vientre.

–El café sabe mejor en una taza de vaca –añadió Hillary mientras se daba la vuelta para darle un beso en el hombro, donde antes le había mordido con demasiada fuerza–. Aunque la vaca bailona junto a mi cepillo de dientes me ha parecido algo extraña, pero me ha hecho reír.

–Entonces he hecho bien mi trabajo.

Hillary se había reído también al ver que todos los ordenadores de la casa, y eran muchos, tenían salvapantallas de vacas.

–Has sido muy generoso y considerado. Y muy original.

–No quiero ser aburrido jamás –respondió él acariciándole los muslos–. ¿Quieres un colgante de diamantes blancos y negros para que encaje con tu colección?

–Estás siendo excesivo –excesivo y tan encantador que no sabía cómo podría volver al mundo real cuando acabase la fantasía. Porque sabía que la fantasía siempre acababa.

–Maldita sea, ¿significa eso que tengo que devolverlo a la tienda?

–No me habrás comprado…

–Tendrás que esperar y ver –deslizó las manos entre sus piernas y volvió a excitarla.

Ella separó las rodillas y se dio cuenta de que la fantasía iba a seguir viva un poco más.

Troy colocó los pies en el escritorio mientras hablaba por un vídeo teléfono de última generación que dejaría atrás a la competencia si decidía lanzarlo al mercado. Aún no lo había decidido.

–Mozart, agradezco tu ayuda –le dijo a su amigo de la academia militar, que seguía con el esmoquin puesto después del concierto que había dado la noche anterior–. Eres el hombre que necesito, como siempre.

–Encantado, amigo mío –Malcolm Douglas se llevó un antiácido a la boca y dejó a un lado el bote, ya medio vacío. Su amigo había madurado mucho desde los tiempos de la academia, pero seguía teniendo un estómago delicado–. En menos de una hora, el favor estará hecho.

La tapadera del casino empezaba a perder fuerza. Alguien podría empezar a sospechar, dado que Troy no era famoso por quedarse mucho tiempo en el mismo lugar. Salvatore le aseguraba que tenían pistas; iban por el camino adecuado, necesitaban algo más de tiempo.

Pero Troy no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados. Había enviado fotos a las revistas y blogs de cotilleos en las que aparecía con Hillary cenando a la luz de las velas. Mezcladas con las fotos que se había sacado con Malcolm el mes anterior, la prensa y el público en general pensarían que estaban en Nueva York, que habían cenado y después habían asistido a un concierto.

–Enhorabuena por el último concierto. No está nada mal tocar en el Carnegie Hall.

–No tiene importancia, comparado con lo que te está pasando a ti. La nueva mujer de tu vida está buenísima.

–Gracias, pero es mía.

–Eh, solo lo digo por decir –su amigo seguía provocándole solo por diversión.

–Nota mental: no mandarle más fotos a Mozart.

–No estoy hablando de las fotos de la cena romántica –respondió Malcolm–. Le queda genial ese albornoz.

Troy giró la silla y puso los pies en el suelo. Hillary estaba detrás de él con su albornoz y los ojos desencajados.

–¿Estás hablando con el gran Malcolm Douglas?

Troy apartó la mirada de ella y se volvió hacia la pantalla.

–Tengo que colgar, tío. Gracias por la ayuda. Te debo una.

–Y me la cobraré. Cuenta con ello.

La pantalla se quedó en negro.

–Tus hermanos se mueven por las altas esferas –dijo ella mientras entraba en la habitación–. El amigo que te ayudó en el casino y ahora él –añadió señalando la pantalla–. Parece que sois muchos.

–Yo no diría muchos –respondió él desde la silla–. Pareceríamos fabricados en serie.

–Confía en mí, nadie pensaría eso de ti –levantó una mano y le mostró un amuleto de diamantes blancos y negros–. Eres cien por cien original.

Troy le agarró la muñeca y tiró de ella para sentarla en su regazo.

–Eso es lo más excitante que me has dicho nunca.

Hillary se retorció sobre su regazo hasta acomodarse.

–Me vas a matar si sigues así –le dijo él–. Necesito una bebida energética.

–Que estaré encantada de traerte si me prometes una cosa.

–¿Qué cosa?

–Me encanta el collar y lo acepto gustosa. Pero, de ahora en adelante, abstente de hacerme regalos extravagantes, ¿de acuerdo?

–Me parece bien.

Le quitó el collar, le echó el pelo hacia atrás y se lo puso en el cuello. Tal vez no fuera el hombre más romántico del mundo, pero se enorgullecía de su originalidad, y haría cualquier cosa para borrar el recuerdo de Barry Curtis.

–¿En qué estás pensando? –preguntó ella.

–En algo que un tipo listo no diría.

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué quieres saberlo si ya te he dicho que no te va a gustar? –se puso en pie y la dejó en el suelo.

–Porque… –Hillary tiró de su camiseta para pegarlo a ella–. Si realmente no quisieras que lo supiera, habrías dicho «nada» o «estoy pensando en desayunar o en qué sombrero ridículo voy a comprarme».

–¿Crees que mis sombreros son ridículos?

–Te responderé si tú me respondes a mí.

–Estaba pensando en ti y en el imbécil de tu exnovio. Me preguntaba si aún le querrías.

Ella se sentó en una silla vacía y lo miró confusa.

–Mirándolo con perspectiva, creo que nunca le quise. Estaba encaprichada… mucho. Puede que incluso deslumbrada. Pero me gusta pensar que, en algún momento, habría logrado ver más allá del esplendor y saber qué tipo de hombre era en realidad. ¿Qué puedo decir? Ya te dije desde el principio que elijo siempre a los hombres equivocados. Al final acabo por darme cuenta. En este caso, el arresto de Barry aceleró ese proceso.

–De acuerdo –respondió él–. Puedo vivir con eso.

–¿Cómo puedes estar celoso si me conoces desde hace unos pocos días?

–¿Quién dice que esté celoso?

–¿En serio? ¿Quieres intentar negarlo? –Hillary se rio… entonces se dio cuenta de que se le estaba abriendo el albornoz y se apresuró a cerrárselo. Estaba apartándose de él y, si no hacía algo rápido, la perdería.

No importaba lo mucho que hiciera que la conocía. Estaba seguro de una cosa. Deseaba tenerla en su vida. De forma permanente. Aunque no estaba seguro de que estuviese preparada para oírlo todavía. Tal vez no hubiese amado a Barry, pero había salido escaldada de la relación.

–Más que celoso, estoy molesto porque el muy bastardo te hiciera daño –dijo mientras se acercaba a ella. Colocó las manos a ambos lados de la silla hasta que sus caras estuvieron frente a frente–. Quiero darle una paliza, robarle la identidad y quitarle todo su dinero. ¿Algún problema con eso?

–Ningún problema –contestó ella con una sonrisa antes de morderle el labio inferior–. Y, para que quede claro, creo que tus sombreros son increíblemente sexys.

Capítulo 8

Los días allí se acercaban a su fin.

Hillary estaba tumbada en una colchoneta en mitad de la piscina. Observó a Troy nadar de un extremo a otro. Las luces de debajo del agua le iluminaban, mientras que las estrellas titilaban en una noche sin nubes.

Prácticamente habían vivido fuera y en la laguna desde que llegaran cinco días atrás. Habían dado paseos, habían hecho el amor en el bosque y bajo la pérgola. Habían descubierto su preferencia por las películas de miedo. Habían tenido que entrar en la casa para protegerse de la lluvia, y habían disfrutado de una película de terror en la sala de proyecciones.

Como una cita real.

Pero la vida real irrumpía con frecuencia y no les permitían acomodarse demasiado en aquella fantasía. Las llamadas diarias de Salvatore les mantenían informados de los progresos. Habían visto al cómplice de Barry Curtis atravesando el canal hacia Bélgica. Estaban siguiéndolo y esperaban atraparlo en cualquier momento.

Troy emergió de las profundidades de la piscina.

–Hola, preciosa –le dijo antes de tomarle la mano y besarle los dedos–. Para cuando nos vayamos de aquí, vamos estar arrugados de tanta agua.

–¿Eso es malo? –preguntó ella.

–En absoluto –apoyó los codos en el borde de la colchoneta–. Solo quería asegurarme de que no te importa que hayamos pasado tan poco tiempo en una cama de verdad.

–Dormir bajo la pérgola ha sido romántico –respondió ella mientras jugueteaba con su pelo–. Y ver el amanecer en la terraza… asombroso. Los últimos cinco días han sido mejor que todas las vacaciones que pudiera imaginarme. Has perfeccionado todas las ventajas de este lugar.

–¿Perfeccionado? ¿A qué te refieres? –preguntó él mientras le deslizaba los dedos por el pecho hasta llegar a su cadera desnuda. Aquel día no habían llegado a ponerse ropa en ningún momento.

–Si nunca has traído a nadie aquí, ¿dónde seducías a todas esas mujeres con las que aparecías en los periódicos?

–¿Estás celosa?

–Solo siento curiosidad.

–Todo lo que aparece en los periódicos es falso. Era virgen hasta que te conocí.

–Sí, claro –dijo ella riéndose.

–Hablo en serio. He vivido como un monje. Me echaban nitrato de potasio en el agua para que pudiera aguantar hasta el día que te conocí.

–Eres un exagerado –respondió Hillary salpicándole agua a la cara.

–Ya me lo has dicho –él le agarró la mano antes de que pudiera salpicarle de nuevo–. ¿Preferirías que te diese detalles de todas mis aventuras pasadas? Porque eso es lo que fueron, aventuras, no relaciones. Nada serio. Y nunca permanente.

–¿Es eso lo que estamos haciendo aquí? ¿Tener una aventura?

–Es un momento muy poco apropiado para una aventura, la verdad.

–De acuerdo. Entonces, ¿estamos teniendo una aventura inapropiada?

–¿Y si te dijera que esto no es una aventura? –se quedó mirándola fijamente mientras flotaban juntos en mitad de la piscina–. Te vi, y quise tenerte.

–Suena como si yo fuera un trozo de tarta de queso en un restaurante.

–Me encanta la tarta de queso.

–¿Puedes hablar en serio?

Troy tiró de ella y cayeron los dos al agua. Hillary le rodeó el cuello con los brazos.

–¿Quieres que hable en serio? –le preguntó él mientras le ponía las manos en las nalgas–. Porque puedo hacerlo. Pero creo que no es el momento adecuado y, si te digo exactamente lo que estoy pensando, saldrás corriendo.

–Eres un hombre muy sabio.

–Entonces vamos a seguir teniendo una aventura inapropiada.

Nadaron hacia el borde de la piscina, hasta que ella tocó la pared con la espalda. Una vez allí, Troy empezó a darle besos en el cuello.

Los músculos de su torso presionaban contra sus pechos. El calor empezó a recorrerle el cuerpo mientras ella exploraba sus hombros y sus brazos. Le rodeó la cintura con las piernas y Troy empezó a caminar hacia el semicírculo de escalones sin dejar de besarla.

Salieron de la piscina y, sin desenredar las piernas de su cintura, Troy la llevó hacia la casa. Atravesaron el salón, donde habían hecho el amor en una chaise longue con las ventanas abiertas, hasta llegar al dormitorio, donde aún no habían pasado una noche juntos.

Troy la dejó sobre la cama, cubierta con una mosquitera.

–Toda esta semana ha sido como una fantasía –le dijo ella.

–¿Te gustan las fantasías?

–¿Qué tienes pensado exactamente?

Troy se dirigió al armario, sacó la chaqueta del esmoquin y la sacudió. Sonó algo en el bolsillo. Le lanzó la chaqueta y ella buscó en su interior.

–¿Esposas? ¿Las sueles llevar contigo? –se le llenó la cabeza de ideas y de juegos que solo podría realizar con alguien en quien confiara. En algún punto había aprendido a confiar en él.

–Son de cuando me subastaron. Me las guardé en el bolsillo y me olvidé de ellas hasta que mencionaste lo de las fantasías –cerró el armario–. Las esposas habrían acabado en el tinte, pero abandonamos el hotel tan rápido que no tuve ocasión.

–Resultó asombrosa tu manera de darle la vuelta a la subasta –se había sentido atraída por él incluso entonces, a pesar de estar frustrada por lo poco que le había contado en el avión.

Troy se arrodilló al borde de la cama y fue subiendo hasta cubrirla con su cuerpo.

–La subasta fue muy incómoda, pero al final todo salió bien.

–He de confesar que… tuve celos de tu ayudante, antes de saber quién era, cuando pensé que había ganado un fin de semana contigo.

–¿Celos? ¿Te importaría explicarte?

–Esperaba que ganase la de la cirugía plástica.

–No habría podido –le aseguró él. Una gota de agua cayó de su pelo sobre su piel y le resbaló entre los pechos.

Se le endurecieron los pezones solo con aquella gota. Se estremeció al pensar en todo lo que le esperaba.

–La puja podría haber aumentado mucho más.

–Aun así habría ganado. Mi ayudante tenía permiso para hacer lo que fuera necesario.

–¿Solo para que pudieras escogerme a mí?

–No me parecía que Salvatore estuviera haciendo lo suficiente por protegerte –respondió Troy entrelazando los dedos con los suyos y las esposas entre sus manos–. Tenía que encontrar una manera de tenerte vigilada, y esa me pareció la opción más fácil.

–¿Gastarte ochenta y nueve mil dólares fue fácil? ¿Por qué no contratar a un guardaespaldas? Habría sido más barato.

–Tú dices que tenías celos de mi ayudante –le agarró las manos y las aprisionó contra el colchón, presionando con la erección sobre su vientre–. Yo sentía lo mismo ante la idea de dejarte en manos de uno de seguridad.

–La atracción entre ambos fue instantánea.

–Cuando empezó la subasta, me alegró verte entre el público –le dijo él con una sonrisa–. Y estaba tan excitado que tuve que mantener las manos frente a mí.

Eso sí que habría sido un buen titular.

–Creí que eso era solo por las esposas.

–Oh, fue por las esposas. Pensar en lo que tú y yo podríamos hacer con ellas me excitaba enormemente. Lo cual nos lleva de vuelta a las fantasías.

–¿Has tenido fantasías conmigo y con las esposas? –preguntó ella–. ¿Qué te gustaría hacer exactamente con esas esposas?

–No querría escandalizar a una chica de pueblo de Vermont.

–Por favor –dijo ella, le arrebató las esposas y las balanceó frente a su cara–. Escandalízame.

Troy nunca había dejado pasar un desafío.

Y el desafío que veía en los ojos de Hillary era uno que pensaba aceptar sin dudar. Le puso una esposa en la muñeca derecha y él se puso la otra en la izquierda, para que estuvieran encadenados mientras se miraban. Los últimos cinco días con Hillary habían sido increíbles, y esperaba poder fortalecer su vínculo antes de que se les acabara el tiempo.

–Creí que ibas a esposarme a la cama –dijo ella sorprendida–. Al modo vikingo.

–Entonces sí que te he sorprendido –le puso la mano en el pecho, lo que hizo que ella también acercara su mano hacia sí misma.

Hillary deslizó la mano libre entre ellos para acariciarlo, pero él le agarró la muñeca y la aprisionó contra la cama.

–Troy –dijo ella retorciéndose contra su cuerpo–. Yo también quiero tocarte.

–Ya llegaremos a eso. Tenemos toda la noche.

–¿Quién ha dicho que tengas que tener tú el control? Es mi turno.

Él se rio suavemente sobre ella, y el aire de su aliento en el pecho le produjo un escalofrío. Después, se dio la vuelta y la llevó consigo.

–Considérame a tus órdenes.

Con las manos aún pegadas a las suyas, fue bajando con los labios sobre su pecho, estimulándole por el camino hasta meterse su miembro en la boca. Troy echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar por la humedad y la tentación de su boca y de su lengua. Hillary no debía ser capaz de hacerle llegar al orgasmo de inmediato, pero con ella nada era como lo había imaginado.

Lo único que sabía con certeza era que no deseaba que aquello terminara.

Troy tiró de la muñeca encadenada para que se incorporara, y después le dio la vuelta y volvió a tumbarla boca arriba. Al notar la humedad entre sus piernas, supo que estaba tan preparada como él. Con la mano que tenía libre, se puso un preservativo en un tiempo récord y la penetró.

El vínculo que había entre ellos era real. Tan real como las esposas que encadenaban sus manos. Hillary tenía que darse cuenta de aquello, creer en ello. Él debía ser paciente y lograr que dejara de pensar que siempre elegía al hombre equivocado. Tenía que ganarse su confianza.

Hillary enganchó los tobillos a su espalda y empezó a mover las caderas para llevarlos a ambos al clímax. Él deseaba esperarla. Apretó los dientes e intentó aguantar hasta que, por fin, ella contuvo la respiración, como hacía siempre que estaba a punto de llegar al orgasmo.

Troy perdió el control, la embistió una vez más con fuerza y gritó al alcanzar el clímax. Después se dejó caer encima de ella. Se echó a un lado, aún con las manos esposadas. Se tapó los ojos con el otro brazo, incapaz de esconderse del secreto que había estado aguantando todo el día.

Salvatore había llamado después de la cena. El cómplice de Barry Curtis había sido arrestado cuando intentaba entrar en Suiza. Ya estaba en proceso de extradición.

Hillary podía regresar a Washington.

A medida que ascendía el sol de la mañana, Hillary tenía la barbilla apoyada sobre las manos, que a su vez descansaban sobre el pecho de Troy. Las esposas estaban en la almohada, junto a ella. Tendría que guardarlas para poder jugar con él otro día. La idea del vikingo tenía cierto atractivo.

Le dio un beso en la barbilla.

–Desde luego no eres ningún monje.

–Me alegra ver que te has dado cuenta. ¿Has mirado debajo de la almohada?

Hillary metió la mano bajo la almohada y palpó algo metálico. Lo agarró y tiró.

–¿Un cencerro? –dijo riéndose.

–Todo es mejor con un pequeño cencerro.

–No puedo creerme que hayas conseguido esto.

–Dijiste que no podía hacerte regalos extravagantes, así que he jugado según tus normas.

–Es muy bonito. En serio. Te aseguro que nunca había tenido uno.

–Espera a oír mis chistes de vacas. Son muuuy buenos.

–Ese es malísimo –contestó ella.

–¿Tú no tienes munición? Saca el arsenal de los chistes de ordenadores. Soy invencible.

–Eres un creído –dijo ella. Aunque tenía la impresión de que no siempre había sido así. Pero, si se lo decía, se pondrían serios. Así que buscó un chiste de informáticos–. La verdad está ahí fuera… si tan solo tuviera la URL.

–No está mal.

–Hay diez tipos de personas. Los que entienden los códigos binarios y los que no.

–Ahh –dijo él acercándola a su cuerpo–. Ahora me estás poniendo caliente.

–Estás loco.

–Es muy posible.

–Estaba bromeando.

–Yo no. Ya sabes, todo el lío de la lotería genética –respondió él dándose un toquecito en la sien–. Me ha permitido hacer algunas cosas increíbles con mi vida. Pero a veces no funciona con las cosas básicas de la vida, cosas que los demás tienen y dan por supuestas.

Era demasiado tarde para evitar los temas profundos. Hillary debería haber sabido que no había escapatoria, y menos con Troy. Además, deseaba saberlo. Necesitaba comprenderlo.

–¿Como por ejemplo?

–Una familia. Una familia que funcione bien, cuyos miembros se hablen y cenen juntos los domingos.

–Troy –dijo ella agarrándole los hombros con insistencia–. No puedes culparte por las fricciones con tu familia.

–Yo jugué un papel importante. Ya sabes, podría haberme aguantado y haber ido a la universidad de medicina como quería mi padre. No me habría costado trabajo, intelectualmente hablando. Podría haberme dedicado a la investigación de algún tipo donde no trabajara con gente.

–No sé de dónde has sacado la idea de que no se te da bien la gente. Eres encantador y divertido. De lo más original.

–No es más que un juego que aprendí y con el que me siento bien.

–No es un juego –le aseguró ella–. Creo que tal vez aprendiste a compartir partes de ti mismo que los demás pueden entender.

Le besó antes de que pudiera contradecirla. Tenía el corazón lleno de amor por él y de tristeza por saber que pronto tendría que dejarlo atrás.

Capítulo 9

Troy estaba en la terraza con el móvil en la oreja, intentando oír por encima de los gritos de los monos y de los pájaros.

–Gracias por la noticia, coronel. Me alegra saber que Curtis por fin ha hablado.

–Están intentando llegar a un acuerdo. El blanqueo de dinero internacional no queda bien ante las autoridades. Y robar dinero de las becas para los más desfavorecidos no está bien visto en la prensa. ¿A qué hora de la mañana volvéis Hillary Wright y tú?

–No volveremos esta mañana, aunque sí pronto –cuando consiguiera decírselo.

–Donavan –dijo el coronel–, has informado a Hillary de que todo se ha resuelto, ¿verdad?

–Voy a hacerlo esta noche.

–¿Cómo puede un hombre tan listo ser tan estúpido? –preguntó el coronel.

–Gracias por el voto de confianza –Troy se agarró la barandilla de madera con fuerza–. Si eso es todo, ¿por qué no me relegas al final de tu lista de contactos disponibles?

Salvatore estaba riéndose cuando Troy colgó el teléfono y lo dejó sobre la barandilla.

El tiempo estaba agotándose. Incluso los monos en los árboles parecían estar riéndose de él por idiota. Salvatore tenía razón; no podía mantener a Hillary allí indefinidamente. La llevaría a casa y le pediría salir como un chico normal cuando regresaran a Estados Unidos.

Oyó las pisadas amortiguadas de Hillary segundos antes de que le pusiera la mano en la espalda.

–¿Eran buenas noticias?

–Sí –respondió él–. Cosas de trabajo. Fusiones. Dinero. Cosas aburridas.

Hillary se puso frente a él. Llevaba un pareo de flores anudado sobre los pechos y una flor en la oreja.

–Entonces deberías estar contento –le dijo acariciándole la frente con los dedos–. Pareces preocupado.

–Estoy contento –contestó él.

Ella jugueteó con los cordones de su bañador.

–Vamos a tomar el almuerzo en la azotea. Creo que es el único lugar en el que todavía no hemos hecho el amor.

Se quedó sin aliento al imaginársela con la cascada al fondo, rodeada por la naturaleza. No podía perderla. Necesitaba asegurarse de que tuvieran un futuro en común.

–¿Alguna vez piensas en tener hijos?

Hillary se echó hacia atrás y lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Estás intentando decirme que se ha roto el preservativo?

–¡No! Dios, no.

–Entonces me parece una pregunta un poco prematura –respondió ella rodeándole la cintura con el brazo–. ¿No deberíamos decidir primero si vamos a seguir viéndonos cuando nos vayamos de aquí?

–Eso se da por hecho –dijo él–. Y, en cuanto a lo de los hijos, no he dicho que fueran nuestros hijos. He dicho hijos. Punto. Cuando la gente sale, como estamos hablando de hacer cuando volvamos a Estados Unidos, entonces hablan sobre el tema.

–De acuerdo. Entonces sí, alguna vez lo he pensado.

–¿Y cuál es tu veredicto?

–Sinceramente, Troy, la idea me da mucho miedo. ¿Qué sé yo de ser madre? Y tú fuiste el que mencionó lo de la genética. ¿Qué me dices de eso? Imagina que con nuestros genes y con los patrones que hemos visto, nuestros hijos… quiero decir… Ah, maldita sea. ¿Por qué sacas ese tema ahora? Deberíamos hablar de si comer pizza o filete.

–Yo siempre pensé que adoptaría –dijo él.

–¿De verdad?

–Claro, cuando encuentre a la mujer adecuada para pasar el resto de mi vida, porque no sé si estaría a la altura de ser padre soltero.

–¿Y adoptarías por el miedo genético del que me hablaste?

–En parte, quizá. Pero también pienso que tengo dinero y flexibilidad, y hay muchos niños sin hogar. Tal vez debería dejar de preocuparme porque alguien se meta en líos y adoptar a un niño con problemas. Ayudarle a cambiar de vida, darle la misma oportunidad que tuve yo.

–¿Harías eso? ¿Adoptar a un niño que ya supieras que tiene problemas?

–Si tuviera un hijo biológico que se metiera en líos como mi hermano y como yo, no le daría por perdido sin más. Además podría adoptar a algún niño con problemas médicos, alguien desatendido. Yo podría pagar todos los medicamentos que necesitara. Y sombreros. Muchos sombreritos para el niño.

A Hillary se le llenaron los ojos de lágrimas mientras le acariciaba la mejilla.

–¿Hablas en serio? ¿O es solo una estrategia para que las mujeres te quieran?

–¿Me creerías aunque te dijera que cada palabra es cierta?

–La idea de creerme todo lo que dices me da miedo. La fantasía es mucho más fácil. Incluso con las esposas.

–Te preocupa que te haga daño –dijo él, a pesar de que la idea de que alguien pudiera hacerle daño le daba ganas de abrazarla con fuerza y no soltarla.

–¿Recuerdas cuando hablamos de un recuerdo feliz de la infancia? Cuando mi hermana y yo éramos pequeñas, montábamos en el tractor con nuestro padre. Él nos decía que éramos princesas y que aquel era nuestro carruaje. Era divertido fingir.

–Si tanto te gustaba la granja, ¿por qué tenías tantas ganas de marcharte?

–Porque me di cuenta de que todas esas veces en el carruaje eran para proteger a la reina mientras ella estaba borracha.

–Quieres decir que tu padre os protegía a vosotras –dijo él para intentar verle el lado positivo a la situación y darle algún recuerdo feliz al que aferrarse.

–Si hubiera querido protegernos, no se lo habría permitido. La quería, pero le tenía miedo. Temía que, si la presionaba para cambiar, ella fuera a dejarle –se detuvo y levantó una mano–. Vaya. Espera un segundo. Yo también he fastidiado ese recuerdo feliz. En cualquier caso, me fui de la granja, pero no la odio. Aún voy de visita. Mi hermana vive allí con su familia ahora que nuestro padre ha muerto. Mi madre vive en un apartamento... cuando no está en rehabilitación.

–Siento mucho todo lo que has tenido que pasar –le dijo él estrechándola contra su pecho–. Entiendo que eso te haga ser desconfiada. Pero puedes confiar en mí, Hillary.

En ese momento sonó el móvil sobre la barandilla del porche.

–Deberías contestar –dijo ella.

–Ignóralo.

–Podría ser importante.

Troy suspiró y agarró el maldito teléfono, sabiendo que ella tenía razón. En la pantalla aparecía el número de su ayudante.

–¿Qué pasa? –preguntó al descolgar–. Espero que sea importante.

–Lo es. La hermana de Hillary Wright está volviéndose loca para ponerse en contacto con ella. Dice que tiene algo que ver con su madre.

En la privacidad de su habitación, Hillary descolgó el teléfono y llamó a su hermana. Tras aquella conversación intensa con Troy, necesitaba espacio para afrontar una llamada sobre su madre.

Descolgó su sobrina pequeña y empezó a hablar directamente.

–¡Tía Hillary, tía Hillary, la abuela se muda con nosotros!

Hillary se quedó de piedra. Su hermana siempre había sido más blanda con respecto a su madre, pero no podía haber cedido en eso. ¿Acaso no pensaba en las niñas?

–¿Podrías decirle a mamá que se ponga al teléfono?

–Muy bien. Te quiero, tía Hillary.

–Yo también te quiero, cariño. Te veré cuando vayáis a Washington de vacaciones.

–¡Mamá! –gritó su sobrina al otro lado de la línea.

–¿Hillary? –dijo su hermana cuando se puso al teléfono.

–Claudia, ¿qué pasa ahí? ¿Estás loca? No pretenderás tenerla allí con tus hijas, ¿verdad? Tal vez no recuerdes cómo es, pero yo sí.

–Hillary –intervino Claudia–, para, ¿quieres? Tengo que contarte algo y es difícil.

–Ya estoy sentada. ¿Qué sucede?

–Mientras mamá estaba en la clínica de desintoxicación, los médicos descubrieron que tenía cáncer en el hígado. Y es malo. Fase terminal. Los médicos dicen que le quedan un par de meses como mucho. Su apartamento no está habilitado para asistirla allí. No tiene otro sitio al que ir.

Hillary se quedó muda. Había pasado toda su vida intentando averiguar cómo afrontar el hecho de tener una madre alcohólica. Nunca había pensado cómo afrontar el hecho de no tener una madre.

–Me voy a Vermont.

–No tienes que venir inmediatamente...

–Sí, creo que sí –se levantó de la cama e intentó ignorar la voz de su cabeza que le decía que no acudía a ayudar a su madre, sino que estaba huyendo de Troy y del miedo a que él rechazara su amor.

Troy se quedó en el umbral de la puerta del dormitorio de Hillary y vio cómo daba vueltas de un lado a otro mientras metía ropa en su maleta.

–Deduzco que eran malas noticias.

Ella asintió mientras doblaba la toalla de vaca y la ponía encima de todo lo demás. Después se sentó encima y cerró la cremallera.

–Mi madre está enferma, mucho. Tiene cáncer de hígado. No le queda mucho tiempo. Tengo que ir a casa y ayudar a mi hermana con los detalles.

–Oh, Dios, Hillary –Troy se apartó de la puerta y fue a por ella–. Lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? ¿Médicos? ¿Especialistas?

–De hecho sí que necesito algo. Necesito que te asegures de que mi familia no correrá ningún peligro mientras yo esté allí.

–No te preocupes por eso. De hecho, podemos marcharnos en cualquier momento.

–¿De verdad? ¿Han atrapado al hombre misterioso a quien identificamos en la grabación? ¿Estamos seguros de que no habrá represalias contra nosotros?

–Lo tienen bajo custodia. Barry Curtis ha hablado. Están intentando inculparse el uno al otro, así que la INTERPOL no necesita nuestro testimonio.

–Es asombroso. Y justo a tiempo –se llevó una mano a la frente y entonces pareció darse cuenta de todo–. La llamada de esta mañana, las buenas noticias, no era por trabajo, ¿verdad? Era Salvatore.

–Sí, así es.

–¿Por qué no me lo habías dicho?

–Me enteré ayer por la tarde.

–¿Por qué? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué has dejado que me preocupara? Es casi como si me hubieras secuestrado, manteniéndome aquí con una mentira.

–Pensaba decírtelo hoy. Solo quería disfrutar de una última noche contigo.

–Eso no tenías que decidirlo tú. Aunque tal vez eso ya lo supieras. Consciente o inconscientemente, has saboteado esta relación porque no quieres la realidad, solo la fantasía.

–Maldita sea, Hillary, eso no es cierto. Dame la oportunidad de explicarme –dijo él agarrándola de los hombros.

–Solo tengo una pregunta para ti, Troy –dijo ella mirándolo fijamente a los ojos–. ¿Por qué no podías ser sincero conmigo? ¿Por qué has tenido que tomarte tantas molestias para romperme el corazón?

Sus palabras se le clavaron como un cuchillo. Había prometido una y otra vez que su intención era protegerla, y sin embargo había hecho lo que más podía dolerle. No podía excusarse.

–Es lo que me parecía –añadió ella–. No queda nada que decir –se quitó el collar y se lo puso en la mano–. Por favor, llévame a Vermont y después sal de mi vida.

Hillary había vuelto al principio.

Cerró el coche de alquiler y caminó hacia la casa de su infancia. Estaba cansada después del día de viaje y de su pelea con Troy. Tras la discusión, él se había aislado. Le había ofrecido su avión para ir a ver a su madre y después había desaparecido en su guarida llena de ordenadores.

Ella no podía evitar sentirse como una idiota. Tras decirse a sí misma millones de veces que Troy era un playboy y que ella tenía un radar para detectar a los imbéciles, había vuelto a cometer el mismo error.

Claudia abrió la malla metálica de la puerta de entrada y la abrazó con fuerza. De pequeñas habían estado muy unidas y cuidaban la una de la otra. ¿Qué había cambiado? ¿Cuándo había dejado de ayudar a su hermana?

Dio un paso atrás y entrelazó el brazo con el de Claudia.

–¿Dónde están tu marido y las niñas?

–Durmiendo, pero deseando verte por la mañana. ¿Y dónde está tu pirata Robin Hood?

–Es una larga historia. ¿Podemos dejarla para más tarde? –cuando pudiera hablar de él sin echarse a llorar–. Siento haberte tenido despierta hasta tan tarde. Siento haber dejado que te ocuparas de todo con mamá y papá.

–No tienes que disculparte por nada –dijo Claudia, y le apretó la mano con fuerza mientras subían los escalones que habían subido tantas veces antes–. Tú vives tu vida. Eso es lo que se supone que hacen los adultos.

–¿Tú vives la tuya como te gustaría? ¿Con mamá aquí? –tenía que saber con total seguridad que no le había destrozado la vida a su hermana.

–Nadie quiere tener a una madre alcohólica entrando y saliendo de la clínica todo el tiempo. Y estoy segura de que no quieres tener que seguir haciéndote cargo de la factura porque yo estoy demasiado apurada de dinero con tres hijas que alimentar. Ambas hacemos lo que podemos.

–Extender un cheque es fácil.

–¡Ja! Lo dice la mujer que no tiene una hija con ortodoncia –su hermana la guio hacia la habitación de invitados mientras hablaban–. Vamos. Mamá intentó mantenerse despierta para verte, pero toma muchos calmantes. Se ha quedado dormida hace una hora.

En solo unos metros estarían frente a la puerta de su madre, donde dormía.

–Entonces la veré por la mañana. A todos nos vendrá bien dormir –Hillary se dio la vuelta y se detuvo en la cocina.

–Ambas somos hijas de una alcohólica. Eso ha marcado nuestra manera de enfrentarnos a las cosas –Claudia agarró una coca cola light sin cafeína de la encimera, la abrió y se la pasó a su hermana antes de abrirse ella otra–. Yo me muestro dependiente y tú te muestras esquiva. Ambas intentamos hacer lo mejor, ser mejores. Imagino que, mientras lo intentemos, no ganaremos nada flagelándonos.

–Es curioso que haya venido aquí a morir cuando siempre juró que odiaba este lugar, que el aburrimiento la llevó a la bebida.

–Eso era solo una excusa.

Hillary miró a su alrededor y se fijó en todas las ventanas, por las que se podía ver el campo…

–Esto es precioso. Puedes decir «te lo dije» si quieres –Hasta ese momento, no había visto su hogar sin el oscuro filtro de la amargura de su madre.

–No me gusta regodearme.

–Lo sé. Probablemente por eso te haya sugerido que me lo reprocharas, ya que sabía que no lo harías.

–Puede gustarte esto y gustarte estar también en otra parte. No pasa nada –le dijo su hermana.

–Estoy empezando a comprender eso. Troy tiene una casa en Costa Rica, y es asombrosa. Pero no porque sea lujosa. De hecho es bastante rústica. Con muchos aparatos tecnológicos, claro, pero de aspecto muy terrenal. Es real.

–Hermanita, he de confesar que eso es pasarse. ¿Estás comparando Costa Rica con Vermont? Sin querer ofender a mi adorado pueblo, por supuesto.

–Lo sé, lo sé. Yo he pensado lo mismo –había estado utilizando la granja como excusa para su propia infelicidad. Debía de haberlo sabido, o no habría llevado pequeños amuletos en forma de vaca para acordarse de su hogar. Su infancia no había sido perfecta, pero tampoco había estado tan mal. Tenía algunos recuerdos buenos. La vida no era blanca o negra como las manchas de una vaca.

¿Habría perdido el rumbo también con el trabajo? ¿Realmente deseaba pasar el resto de su vida organizando fiestas? Troy había encontrado simplicidad y sentido bajo toda su riqueza. Ella había estado tan ocupada juzgándolo que no se había parado a pensar en lo superficial de sus decisiones. Su visión sesgada del mundo probablemente le hubiera llevado a tomar malas decisiones con respecto a los hombres.

Pero debería haberse dado cuenta de que Troy era diferente. Especial.

–Lo que intento decir es que la belleza de un lugar no radica en los adornos. Radica en apreciarlo tal como es.

–Eso es muy profundo.

–Los medios describen a Troy como un hombre arrogante. Es una imagen que proyecta para el mundo, y sinceramente es una imagen muy sexy.

Su hermana arqueó una ceja y le hizo gestos para que siguiera hablando.

–Pero la persona que hay debajo es mucho más fascinante.

–Estás enamorada de él.

–Por completo –contestó sin dudar.

–Entonces, ¿por qué no está aquí?

Le había apartado de su lado. Sí, Troy le había mentido. No era un hombre perfecto. Pero ella tampoco era perfecta. El hecho de que la hubiese fastidiado no significaba que el resto de la semana hubiese sido falso.

Necesitarían tiempo para construir una relación, para aprender a confiar el uno en el otro. Ella al fin lo comprendía.

Pero, ¿lo comprendería Troy si tuviera la oportunidad de explicárselo?

***

–Me debes una, coronel –Troy sentía frustración al tener que asistir a un acto benéfico de etiqueta.

Habían pasado menos de dos semanas desde que el coronel y él llegaran a Chicago, y Salvatore ya le había llamado de nuevo para pedirle que asistiera a una cena por alguna razón que aún desconocía.

En Washington.

El último lugar en el que deseaba estar, dado que le recordaba a Hillary.

Salvatore le dio una palmadita en el hombro cuando la banda de jazz empezó a tocar la melodía de un musical de Broadway.

–De hecho, no te debo nada. Si no recuerdo mal, tú me la debes a mí.

–Nuestro acuerdo no incluía dos apariciones seguidas –aunque aquella fuese por una buena causa. El senador Landis celebraba la fiesta para recaudar dinero para el programa de niños de acogida–. A pesar de mi reputación de playboy, tengo que trabajar.

–Finge durante un par de horas y después serás libre durante al menos... seis meses. Lo prometo.

–Con el debido respeto, mientes.

–Me siento ofendido por eso –respondió el coronel mientras se ajustaba su corbata roja–. La mentira es algo muy deshonroso.

Entonces, la vio al otro lado de la sala.

Llevaba un vestido negro sencillo y elegante que hacía que destacara por encima de las demás mujeres. Apretó el colgante de diamantes que llevaba en el bolsillo desde que ella se marchó y le dejó.

–Maldita sea –dijo a Salvatore–. ¿Has organizado tú esto? ¿Quieres que vuelva arrastrándome a ella? Dejó claro que no me deseaba. Que no confía en mí.

–Tonterías.

–¿Qué has dicho?

–Ya me has oído. Eres un hombre listo. Un genio. Por eso trabajo contigo. Pero también eres un manipulador. Usas ese cerebro para engañar a las personas y que hagan lo que deseas, y además pensar que ha sido idea suya. Pero ese tipo de juego no funciona con las relaciones.

–Tengo amigos.

–Que juegan con tus mismas reglas retorcidas –le puso la mano en el hombro en un gesto casi paternal–. Con Hillary tenías la oportunidad de tener una relación normal y sana, y la fastidiaste. ¿Por qué?

–Parece que hoy tienes todas las respuestas. Dímelo tú.

–No puedo darte todas las respuestas. Si la deseas lo suficiente, lo averiguarás por ti mismo. Cosa que podrás hacer si utilizas ese cerebro de genio que tienes. ¿Por qué estás aquí cuando ella está aquí?

–Porque nos has tendido una trampa.

Salvatore negó con la cabeza.

–Sigue pensando –dijo antes de desaparecer entre la multitud.

***

Hillary le había dicho desde el principio que tenía problemas para confiar en la gente y él había hecho algo inexcusable. Era casi como si su subconsciente hubiera destruido la relación. Para ser un hombre racional, aquello resultaba difícil de asimilar.

Pero el amor no era algo lógico. Sus sentimientos hacia Hillary distaban de ser racionales. La amaba y la deseaba. Y haría lo que estuviera en su poder para recuperarla.

Clic.

Sintió el metal frío en su muñeca. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta antes de levantar la mirada y ver a Hillary frente a él.

Clic.

Ella se esposó la muñeca con la otra esposa.

Hillary esperaba que la sonrisa de Troy fuese real, y no una fachada para la multitud. Un foco les seguía mientras le conducía hacia la pista de baile. Los asistentes aplaudieron mientras el senador agarraba el micrófono para darle las gracias a Troy Donavan por su generosa donación.

Esa parte había sido idea de Salvatore, cuando se había puesto en contacto con él para que la ayudara a encontrar a Troy.

El coronel incluso le había hecho una oferta de trabajo muy tentadora: dejar su puesto en Washington y trabajar de manera independiente con la INTERPOL.

Troy y ella tenían muchas cosas de las que hablar. Por suerte al coronel se le había ocurrido un plan para que pudiera hablar con él. Cierto, algo más discreto hubiera sido mejor para sus nervios, pero Salvatore había insistido en que aquello funcionaría de maravilla.

Hillary buscó un rincón tranquilo, pero había gente por todas partes. Al final lo arrastró hasta los tocadores. Le dio algo de dinero a la empleada de los baños y dijo:

–¿Podría darnos diez minutos a solas, por favor?

La empleada se rio en voz baja y salió. Hillary cerró la puerta tras ellos y se volvió hacia Troy.

–Sí que sabes causar impresión –le dijo él levantando las esposas.

–Quería asegurarme de que ninguno de los dos pudiera salir corriendo en esta ocasión.

–Buena jugada. ¿Cómo está tu madre?

–Hemos vuelto a hablar de nuevo. Estamos encontrando la manera de hacer las paces. Pero no es por eso por lo que estoy aquí esta noche. Troy, quiero decirte que...

Él le puso un dedo en los labios.

–¿Sabes qué? Guárdate ese pensamiento –le puso las manos en la cintura y la subió a la encimera del cuarto de baño–. Primero necesito decirte algunas cosas. ¿Tienes alguna objeción?

–Tienes toda mi atención –contestó ella con una sonrisa.

–Para empezar, te dejaste esto –sacó la otra mano del bolsillo y le mostró el colgante de diamantes–. Te pertenece.

–Supongo que no habrá muchas mujeres buscando algo así.

–Es único, hecho para una mujer única –estiró el brazo y volvió a ponerle el collar–. Me has enseñado muchas cosas, Hillary Wright.

–¿Qué cosas?

–Me enorgullecía por ser valiente en los negocios, y defendiendo cualquier causa, aunque eso me trajera problemas. Pero meto la pata con lo que de verdad importa. Con respecto a las relaciones, no he madurado mucho y sigo siendo el chico que se escondía en la habitación del ordenador en vez de arriesgarse a que la gente le decepcionara. Traicioné tu confianza y lo siento muchísimo.

–El hecho de que esté aquí debería decirte algo. Te perdono por no haberme dicho la verdad y espero que tú me perdones a mí por salir corriendo en vez de quedarme a hablar las cosas.

–Gracias a Dios.

Hillary apoyó la frente en la suya y él enredó los dedos en su pelo.

–Te lo mereces todo, y quiero ser el hombre que te lo dé. Tengo que decirte algo más, sobre el coronel Salvatore y…

–¿Que trabajas para la INTERPOL?

–¿Cómo lo…? Te lo ha dicho él, ¿verdad?

–Así es, cuando le pedí que me ayudara a encontrarte.

–¿Y no estás enfadado conmigo por no habértelo explicado? Sé lo importante que es para ti la confianza.

–Supongo que ese tipo de trabajo no es algo que vayas por ahí contándole a la gente de entrada, aunque tendrás que informarme de los detalles, porque parece que yo también trabajaré para el coronel. Dice que su lista de reclutas necesita más estrógenos.

Por una vez le había dejado sin palabras. Troy se quedó con la boca abierta e intentó hablar en dos ocasiones, aunque sin conseguirlo. Finalmente se carcajeó y la rodeó con un brazo antes de bajarla al suelo de nuevo.

–Dios, te quiero, Hillary. No tengo ninguna duda. Te quiero –la besó hasta que ella sintió que le temblaban las rodillas–. Sabes que querré estar contigo en todas las misiones para no preocuparme. Tal vez debería ser más relajado, pero, en lo referente a ti…

–Ya eres todo lo que podría desear, y claro que estaremos juntos siempre para que pueda cubrirte las espaldas. Yo también te quiero, Troy. Mi hombre original. Mío.

–Sí, señora, ese soy yo –confirmó él antes de volver a besarla–. Pienso trabajar cada día para ser el mejor hombre para ti. Soy un hombre listo, ¿sabes? Encontraré la manera de solucionar esto si me das tiempo.

–¿En cuánto tiempo estabas pensando?

–En toda una vida.

Hillary le quitó el sombrero y se lo puso.

–Pues resulta que a mí eso me parece más que perfecto.

